

Información Importante

La Universidad de La Sabana informa que el(los) autor(es) ha(n) autorizado a usuarios internos y externos de la institución a consultar el contenido de este documento a través del Catálogo en línea de la Biblioteca y el Repositorio Institucional en la página Web de la Biblioteca, así como en las redes de información del país y del exterior con las cuales tenga convenio la Universidad de La Sabana.

Se permite la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este documento para todos los usos que tengan finalidad académica, nunca para usos comerciales, siempre y cuando mediante la correspondiente cita bibliográfica se le de crédito al documento y a su autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, La Universidad de La Sabana informa que los derechos sobre los documentos son propiedad de los autores y tienen sobre su obra, entre otros, los derechos morales a que hacen referencia los mencionados artículos.

BIBLIOTECA OCTAVIO ARIZMENDI POSADA
UNIVERSIDAD DE LA SABANA
Chía - Cundinamarca

Nuquí, un paraíso escondido entre la selva y el mar
Crónicas de la cotidianidad

Trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora Social y Periodista

Karen Tatiana Pardo Ibarra

Asesor
Rodolfo Prada

Universidad de La Sabana
Facultad de Comunicación
Bogotá D.C
Colombia
2016

Contenido

Resumen	3
Agradecimientos	4
Introducción	5
PRIMER CAPÍTULO. Bitácora del Chocó	8
Contexto del Chocó	
El esperado encuentro	15
Una mujer de selva y mar	18
La lucha por conservar la selva húmeda de Utría	21
Los niños surfistas de Termales	24
De cazador a protector de tortugas	29
La promesa que Colombia le incumplió a los indígenas embera	32
La dulce herencia	35
Así es como Chocó aprovecha sus bosques	38
Del ombligo a la piangua	40
SEGUNDO CAPÍTULO. La crónica, un género rebelde	42
Conclusión	47
Referencias	48

Resumen

El deterioro económico y social del Chocó, catalogado en este momento como el departamento más pobre de Colombia, ha sido durante varios años noticia nacional. Sin embargo, detrás de los titulares en los medios de comunicación, que hablan sobre la mísera condición en la que vive la población local, muchas veces olvidada por el Estado y aislada por cuestiones geográficas, así como de los problemas de violencia, narcotráfico, educación, minería ilegal, desnutrición y corrupción, hay un escenario biodiverso y rico que empieza a ser aprovechado por las comunidades negras e indígenas que lo habitan, dado el potencial turístico que tiene para ofrecer a nacionales y extranjeros. Se compendian aquí crónicas periodísticas que buscan mostrar esa otra cara de las historias del Chocó.

Palabras claves: Chocó, Turismo comunitario, Biodiversidad.

Agradecimientos

A mi mamá, por ser mi apoyo incondicional y el mejor ejemplo que pude haber tenido. Gracias por enseñarme a soñar, por dejarme volar y elegir mi camino. Esto es todo tuyo.

A mi hermana, mi luz. A mis dos papás. A Mis abuelos, la música de mi vida.

A toda la gente que me topé durante mi recorrido en el Chocó, ustedes hicieron posible cada palabra. A la Universidad de La Sabana y a los profesores que acompañaron mi camino durante los últimos cinco años.

Introducción

Hace cinco años, cuando apenas me estaba enamorando de este oficio, una profesora calificó de “bonita pero ingenua” la razón por la que quería estudiar comunicación social y periodismo y no cualquier otra carrera. Me advirtió que, con el tiempo, especialmente cuando empezara a trabajar para un medio de comunicación reconocido y poderoso —como en el que ahora me encuentro— me

daría cuenta de “cómo funcionan las cosas realmente” y me volvería “más realista”.

Entonces, luego de pensar con detenimiento qué trabajo iba a hacer para graduarme, esas palabras de aquella mujer volvieron a taladrar en mi cabeza y ayudaron a materializar esta idea que hoy presento. Le aposté una vez más a lo ingenuo, a esa curiosidad que puede rayar en lo inocente pero que, hasta el momento, me ha llevado a los lugares que he querido conocer. A un sueño que espero se convierta en mi proyecto de vida más adelante, al entusiasmo con el que empecé mi primer semestre y con el que ahora le digo adiós a esta linda escuela.

Quería seguir viajando por la “otra Colombia”, aquella rezagada por Bogotá, Medellín, Cali, Cartagena y Barranquilla, y que solo se vuelve famosa cuando algo “noticioso” le ocurre: un atentado de las Farc, el cierre de una frontera, la captura de un narcotraficante, la explosión de un oleoducto que deja ríos manchados de petróleo y cientos de familias sin agua potable, una masacre, un derrumbe que arrasa con todo a su paso y que además estaba advertido, un secuestro masivo, una inundación, la erupción de un volcán. En fin, situaciones que valgan la pena contar y "relevantes" para sacarla del anonimato.

Cansada de que lo negativo —aunque cierto e importante de informar— sean los temas que más imperan en la agenda de los medios de comunicación, quise viajar a un rinconcito del Pacífico colombiano para encontrarme con otra perspectiva de país. Llegué al Chocó con un equipaje pesado y repleto de cargadores, trípode, portátil, cámaras, grabadora, repelente y protector solar, pero con una mente liviana y despejada de tapujos, estigmas y miedos infundidos a través de titulares.

Por eso, este trabajo de grado, realizado bajo la modalidad de producto creativo escrito y acompañado de una página web con contenido audiovisual (www.mochilalhombro.com) no es sobre el Chocó, sino sobre la gente que conocí mientras viajaba, lo que me contaron, lo que vivimos juntos y lo que aprendí de ellos. Es sobre “el otro Chocó”, el escondido detrás de las noticias de paramilitarismo, narcotráfico, pobreza, violencia, desnutrición, corrupción y minería ilegal.

Es sobre un pedacito de selva y mar que guarda esperanza, cuya gente vive sin afanes acomodando el tiempo a su antojo, donde no hay electricidad, pero abunda el pescado frito con patacón, donde la sopa se toma con queso costeño y el jugo de guayaba agria es casi que obligado en los días de calor.

Pero como el Chocó es tan grande y lleno de contrastes, y precisamente lo que no me gusta son las generalidades, este trabajo se ancla en el municipio de Nuquí, el paraíso que recorrí a pie durante veintiocho días, junto a otros lugares a los que pude llegar como Bagadó, Bahía Solano, Quibdó y Bojayá. Sobre unas personas que extraño y unos corregimientos a los que prometí regresar algún día. Es también sobre la biodiversidad que rodea sus humildes casas de madera, la forma

en que viven, el trabajo que hacen, los sueños que tienen, la violencia que a veces toca a la puerta en las noches, pero se esconde entre los árboles y el turismo comunitario que intentan implementar para convertir al municipio en el destino más apetecido del Pacífico.

La mayoría de estas historias fueron narradas como crónicas; sin embargo, hay otras que son más informativas dada la abundancia de contenidos, estudios y fuentes investigadas, necesarias para contrarrestar algunos de los testimonios que me dieron en su momento por lo que, consideré, debían ser escritas de diferente manera.

Estos son los personajes con los que me topé mientras viajaba; como ellos, muchos otros que quieren y merecen ser escuchados, que quieren ser la voz de la “otra Colombia”:

Josefina Klinger, tal vez el rostro más reconocido del turismo comunitario en el Chocó, habla sobre el arduo trabajo de posicionar al municipio en el mercado nacional e internacional, así como de los tropiezos que se presentan cuando se es líder en un lugar con necesidades básicas insatisfechas. La lucha por conservar la selva húmeda tropical de la ensenada de Utría, posiblemente uno de los tesoros naturales más misteriosos e imponentes del departamento.

También están los niños surfistas de Nuquí, que sueñan algún día con ser campeones mundiales; el testimonio de Sigifredo Gómez, quien dedica su vida a la protección de tortugas marinas en peligro de extinción después de haber sido uno de los principales depredadores de esta especie; la historia de Diego González, un nativo que preserva la tradición familiar haciendo cocadas a base de caña de azúcar y viche; y finalmente, la compleja situación que afronta la comunidad indígena Embera Katío como consecuencia de la violencia y la explotación minera, así como las deudas históricas que el país tiene con ella y no ha cumplido.

Espero que el lector de este texto viaje conmigo un rato. Póngase las gafas de sol —o de lectura— y emprenda conmigo este viaje con destino a Nuquí, con escala en Medellín y, ojalá, sin tiquete de regreso.

PRIMER CAPÍTULO

Bitácora del Chocó

El Chocó está ubicado al noroccidente de Colombia, cuenta con 30 municipios y abarca una extensión territorial de 46.530 kilómetros cuadrados, es decir, el 4.1% del área nacional. Es el único departamento con costas en los océanos Pacífico y Atlántico, así como el único que limita con Panamá.

Comprende las selvas del Darién y las cuencas de los ríos Atrato y San Juan, razones que lo convierten en una de las zonas con mayor pluviosidad del planeta, rica en biodiversidad. Tiene aproximadamente 9.000 especies de plantas vasculares equivalente al 37% del total de la flora del país, 200 especies de mamíferos, 600 especies de aves, 120 especies de anfibios y 100 de reptiles (Cámara de Comercio, 2012).

El 90% de su territorio es zona especial de conservación. Utría, Los Katíos, Tatama y Acandí Playón y Playona fueron declarados parques nacionales naturales, convirtiendo al Chocó en un tesoro natural en medio de la selva y el mar.

Al igual que su capital, Quibdó, el departamento presenta una economía de enclave como consumidora de bienes y servicios, importados especialmente de Antioquia, Valle del Cauca y el Eje Cafetero. Es exportador de productos primarios como oro, platino, madera y frutales en menor escala. La pesca, la minería, el cultivo de plátano y yuca y el turismo son otras de las actividades productivas. Sin embargo, a pesar de contar con una gran riqueza natural, el departamento no dispone de empresas que transformen los productos que ofrece o generen empleo a la población local, por lo que muchos migran para vender su mano de obra barata en otras ciudades como Medellín, Buenaventura, Cali y Bogotá (Univalle, s.f).

De acuerdo con Bonet (2007), el Chocó ha mostrado un estancamiento y atraso en comparación con los demás departamentos de Colombia por cinco razones especialmente: El legado colonial que se refleja en unas instituciones débiles, las condiciones geográficas y climáticas que afectan la productividad y aumentan sus costos de transporte, la baja dotación del recurso humano chocono, una economía especializada en la minería de oro y el aislamiento económico con respecto a la actividad nacional.

Estos factores se ven reflejados en indicadores sociales como el índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), que es del 79%, el más elevado de Colombia, y otros como la cobertura de acueducto y alcantarillado, que tienen una

incidencia directa sobre las condiciones de salud de la población, y solamente alcanzan coberturas del 22,5% y 15,9% respectivamente (DANE, 2005).

Este año, el Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE) informó que, entre 2014 y 2015, un total de 171.000 personas dejaron de ser pobres y 24.000 dejaron de vivir en la miseria. Sin embargo, las regiones Pacífico y Atlántico presentan las tasas más elevadas de pobreza, siendo el Chocó el departamento más desigual y pobre de Colombia; Quibdó, la ciudad con mayor índice de pobreza en el país (pasó de 46,2 % en 2014 a 50,2 % en 2015 y del 14,5 % de pobreza extrema al 17,8 %) y Río Quito, el municipio más pobre de todos donde la mayoría de la población aún vive con el 98% de sus necesidades básicas insatisfechas (DANE, 2016).

La Defensoría del Pueblo (2014) advirtió que el Chocó está viviendo una auténtica crisis humanitaria como consecuencia del aumento de la minería informal e ilegal, la incursión de nuevos grupos armados ilegales y la escasa gestión pública que ha tenido el gobierno nacional y las instituciones locales para ocuparse de las problemáticas que aquejan a su población: 80% negra, 16% indígena (Embera, Katios, Chami, Wounaan y Tules) y 4% mestiza.

Dichas comunidades afrontan condiciones precarias de vida y, a través de los años, se han convertido en blanco de ataques e intimidaciones que dificultan el goce efectivo de sus derechos, en especial al territorio, a la autonomía y a la identidad cultural. Según el Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derechos Internacionales Humanitarios (2003), a partir de 1996 se ha intensificado el conflicto armado en el departamento y paulatinamente se ha ido expandiendo a todos los municipios, siendo las zonas del Bajo y Medio Atrato, Medio San Juan, Juradó y el eje vial Quibdó-Medellín las más afectadas.

Las presiones por parte de los grupos armados ilegales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y los grupos armados post desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) autodenominados Los Rastrojos y Los Urabeños han tenido a la población afrocolombiana e indígena navegando entre el miedo, la pobreza y el abandono.

Las Farc hacen presencia a través de los frentes 57, 34, 30, Aurelio Rodríguez y la columna móvil Libardo García del Arturo Ruiz. El ELN está representado a través de los frentes Resistencia Cimarrón, Manuel Hernández y Ernesto Che Guevara. Ambos grupos guerrilleros, con mayor presencia en la zona rural, realizan acciones encaminadas a afianzar el control del territorio a través del reclutamiento de menores y jóvenes; desplazamiento forzado y restricciones en la movilidad mediante la instalación de retenes, la siembra de minas antipersona y el confinamiento. También han formado una red de milicias urbanas para vigilar y controlar las transacciones relacionadas con la minería ilegal y la extorsión a comerciantes, transportadores y mineros artesanales.

Las AUC, por su parte, tienen mayor presencia en los centros urbanos como Quibdó, Itsmina, Bahía Solano, Nuquí y el Medio y Bajo Baudó. El accionar de esta fuerza irregular va encaminada a la presión de líderes étnicos para que permitan el ingreso de cultivos ilícitos o de minería a sus territorios, a enfrentamientos con la Fuerza Pública y el ELN, así como a intimidaciones y amenazas, cobro de extorsiones y “vacunas”, bloqueos alimentarios, entre otros.

De acuerdo con datos del Registro Único de Víctimas, a 7 de abril de 2016 hay registradas 7.675.032 víctimas del conflicto armado en Colombia, de las cuales el 87% corresponde a desplazamiento forzado. Solo en el 2015 fueron expulsadas de su territorio un poco más de 100.00 personas en todo el país, siendo el Chocó el cuarto departamento con mayor número de desplazados (9.041) después de Nariño (13.807), Antioquia (13.391) y Cauca (12.209), respectivamente. Prácticamente este lugar ha sido protagonista de todas las formas de violencia imaginadas, sumado a la poca efectividad del Estado para proteger los derechos de la población y a la escasa presencia institucional que lo han convertido en un rincón olvidado pero altamente rico en metales y biodiversidad.

La Defensoría del Pueblo (2014) afirma que:

Las comunidades asentadas en las cuencas de los ríos Baudó y San Juan entre otros, vienen padeciendo además de la violencia ocasionada por el conflicto armado interno, otras expresiones de violencia tales como: la violencia producida por la exclusión estructural y la discriminación racial, que entre muchas de las formas que adopta, están la pobreza extrema y la desigualdad social, la miseria, el alto índice de analfabetismo en las comunidades rurales, los niveles de desnutrición en los habitantes, la ausencia del servicio salud en la zona rural, la ausencia de servicios públicos y la debilidad del Estado en sus actuaciones y tratamiento inequitativo y sin enfoque diferencial con el que ha venido trabajando en los últimos años. (Pág. 70)

Si bien los daños socioculturales han impactado en todas las comunidades sin discriminación alguna, hay que reconocer que los pueblos indígenas y las comunidades afrocolombianas presentan una situación particular y compleja en este escenario de violencia, pues los crímenes perpetrados han buscado intencionalmente socavar y atentar contra la existencia de estas comunidades, excluirlas y discriminarlas.

Las cifras alarman. El Informe de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas (2011, pág. 248) señala que entre 1996 y 2009, 1.190 indígenas fueron asesinados, cifras que se vuelven más dramáticas cuando la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC) arroja un registro de 102 pueblos indígenas en riesgo de desaparecer, de los cuales 32 cuentan con menos de 500 personas. Lo mismo señala el informe ¡Basta Ya! del Centro de Memoria Histórica (2013, pág. 278) en el que se advierte que los indígenas representan el 2,74% del total de la población colombiana y el 3,4% de la población desplazada interna, para un total de 106.562 personas desplazadas entre 1997 y 2011.

La presencia de actores armados, los enfrentamientos, confinamientos, amenazas y asesinatos selectivos, la siembra de minas antipersonal, los bombardeos aéreos y cuanta práctica de horror hemos visto, han afectado la relación que tienen las comunidades con su territorio. Las prácticas productivas y culturales se han ido modificando, y los tiempos en los que se cazaba en la selva, se celebraban rituales en los ríos, se pescaba y andaba tranquilamente por el territorio han ido desapareciendo.

Dice el Centro Nacional de Memoria Histórica (2013) que:

La imposibilidad de habitar con seguridad sus territorios y la huida forzada significan, además de un traslado, un desarraigo que rompe los vínculos y relaciones que son fuente de su identidad. El confinamiento, la dispersión y el cambio abrupto de lugares de residencia, así como de los hábitos de alimentación, lenguajes y oficios, son una amenaza para las posibilidades de supervivencia de estas comunidades. Tales irrupciones de la cotidianidad han causado la desaparición de pueblos y la destrucción de la riqueza multicultural y pluriétnica de la Nación. (Pág. 281)

Las comunidades indígenas son también las más afectadas en temas de salubridad y educación. Advierte la Defensoría del Pueblo (2014) que al menos 95 niños indígenas menores de 5 años murieron por Enfermedad Diarreica Aguda (EDA) asociada a desnutrición y que el 48,5% de las muertes de niños por ese mal en el país corresponden a población indígena.

Las denuncias han sido múltiples, así como las promesas que llegan rápidamente luego de la presión que ejercen los medios de comunicación en su lucha por desmontar este carrusel que sigue acabando con la vida de cientos de personas, especialmente de aquellas que viven en condiciones de vulnerabilidad.

La justicia por momentos se asoma y deja ver un rayo de esperanza. A inicios de este año, por ejemplo, la Fiscalía le imputó cargos al exgobernador del Chocó, Efraín Palacios Serna, por irregularidades en celebración de contratos sin el cumplimiento de requisitos legales, peculado por apropiación, falsedad en documento público e interés indebido en la celebración de contratos.

El mandatario fue señalado de firmar una serie de contratos de la salud para pagar así las deudas que había dejado su campaña política. Prácticamente, los contratos, que tenían un valor de 4.000 millones de pesos, no se cumplieron pues el dinero no se destinó a la compra de medicamentos, sino a pagar las deudas de Palacios.

La Defensoría del Pueblo ya ha advertido la crisis y hecho una serie de visitas en la zona para dar cuenta de la crisis que le cogió ventaja al país. La población chocona cuenta con una muy baja cobertura de agua potable, dificultades con el saneamiento básico y con la atención en salud de los menores, por lo que los derechos a la vida, la integridad física, la salud, la seguridad social y la alimentación equilibrada se ven afectados.

La más reciente Encuesta Nacional de la Situación Nutricional en Colombia (2010) revela que el 64,2% de las familias chocóanas viven en inseguridad alimentaria, cuando el promedio nacional es de 42,7 %. Las madres gestantes y lactantes no cuentan con ningún tipo de control prenatal y son atendidas por parteras que no cuentan con las condiciones sanitarias adecuadas, lo cual se convierte en un factor de riesgo de morbilidad para estas mujeres y sus bebés por nacer.

Señala el ACNUDH (2015, pág. 8) que la tasa de mortalidad materna en este departamento “es de 341,63 por 100.000 nacidos vivos, mientras que en Bogotá es de 42,05. La mortalidad de los niños menores de un año en el Chocó es de 42,69 por 1.000 nacidos vivos; en comparación, en Bogotá es de 12,88”.

La Organización Panamericana de la Salud (2008) reporta un panorama similar. En las zonas rurales, los servicios de salud no alcanzan los estándares mínimos de disponibilidad, acceso, aceptabilidad y calidad, por lo que siguen muriendo niños de enfermedades tratables y prevenibles como gastroenteritis e infecciones respiratorias. 76 niños y niñas por cada mil nacidos mueren en el Chocó, mientras que en Colombia el promedio es de 20 por cada mil.

En materia de educación la situación es vergonzosa. De acuerdo con el Ministerio de Educación (2013), la tasa de cobertura para la población entre 17 y 21 años de edad es de 23% para todo el departamento, mientras que el promedio nacional es del 45%. Pero lo más preocupante de todo es que el 91% de la oferta educativa se concentra en Quibdó y solo el 3% corresponde a la población con acceso a educación superior en los demás municipios.

Los indicadores señalan también que el 37,3% de la población residente en Chocó ha alcanzado el nivel básico de primaria; el 25,8%, de secundaria, y el 7,3%, el nivel superior y postgrado. El 20,8% de la población no tiene ningún nivel educativo.

Tal como lo revela el Índice de Progreso Educativo (IPES), el Chocó está en el cuarto lugar en materia de progreso educativo, muy por debajo del promedio nacional de 28.8%. El del Chocó es de 13.4%, superado únicamente por La Guajira (11.8%), Cauca (5%) y Nariño (3%).

Minería

Según Bonet (2007), Chocó inició el siglo XX con un auge importante de sus exportaciones de platino, pues alcanzó niveles muy altos dada la demanda del metal para la fabricación de explosivos, motores de aviación y tractores. El autor rescata la aparición de empresas de capital extranjero en la extracción del oro y platino que reemplazaron otras actividades como la explotación de productos forestales, tales como el caucho, la tagua y la madera. Estas empresas trajeron nueva tecnología a la zona y empezaron a trabajar con dragas que les permitían perforar hasta diez metros de profundidad en los ríos mientras el medio ambiente poco a poco se fue degradando; mientras que los nativos continuaban operando manualmente y con baja productividad.

En 2000 comenzó el boom de la minería en el Chocó. Según el Banco de la República, el gramo pasó de valer \$16.700 en enero a \$20.025 un año después. En 2004 alcanzó los \$37.300 y en 2013, los \$86.900. El alza se congeló en 2014 y el gramo bajó a \$70.000, pero el aumento del precio del dólar terminó disparando nuevamente el del oro, que al 8 de abril de este año se calculó en \$113.592 por gramo.

La actividad minera, aunque se ha desarrollado históricamente y ha sido fuente de trabajo para los nativos durante décadas, está generando graves conflictos socio-ambientales y la degradación de los ecosistemas a tal punto que será imposible recuperarlos dadas las malas prácticas con que se viene realizando, especialmente en los ríos Quito, Atrato y San Juan que a la vez impactan en otras cuencas como Apartadó, Beberá, Dagua y Andagueda. Según la Estudio Nacional de Agua (2014), por lo menos 205 toneladas de mercurio terminan cada año en los ríos colombianos, siendo la minería ilegal la principal fuente de vertimientos.

No sólo la fauna y flora, características de la región, se han visto alteradas, sino también la misma población que inhala vapores de mercurio y consume peces, mariscos y crustáceos contaminados, generándole brotes, dolores de cabeza, diarrea y malestar general. Los niños juegan con pepitas plateadas de mercurio que se esconden entre la arena y el agua. Ellos desconocen los impactos negativos sobre la salud, pues en esa zona no suelen llegar con frecuencia las noticias y estudios realizados sobre el tema.

Irónicamente, pese a la amplia disponibilidad del recurso hídrico en el departamento, el servicio de alcantarillado es deficiente y la mayoría del agua no pasa por un tratamiento de aguas residuales.

El informe de la Defensoría del Pueblo (2014) sobre la crítica situación que padece el Chocó, señala que:

La población se abastece de: (i) agua lluvia, que es recogida a través de canaletas de zinc, las cuales están en contacto con roedores, polución, entre otros, además los tanques en los que almacenan no son objeto de higiene rigurosa. (ii) Agua del río que está contaminado por: (i) vertimiento de aguas residuales y excretas en donde se surte la comunidad para satisfacer necesidades básicas tales como lavado de utensilios de cocina e higiene personal, (ii) disposición de residuos sólidos, (iii) la actividad minera, en especial por el mercurio, con el agravante que para la comunidad el río tiene una importancia cultural. (Pág. 147)

De acuerdo con las investigaciones que ha hecho la entidad, los principales impactos de la minería, especialmente de oro y platino, tienen que ver con: 1) La destrucción de fuentes hídricas a causa del dragado, que aporta aproximadamente 3.100 toneladas de sedimentos cada año, lo cual reduce el caudal de los ríos y pone en riesgo el abastecimiento de agua y alimento para las comunidades. 2) Se han encontrado montañas de piedra a mitad de los ríos lo que afecta la velocidad del mismo y la oxigenación del agua. 3) Los ríos

constituyen un riesgo para la salud humana y el ambiente, pues tienen residuos de grasas, aceites, combustible y mercurio que son utilizados para la extracción de oro. Se calcula que cada entable aporta cerca de 36 kilos de mercurio por año. 4) Pérdida de biodiversidad y erosión por la intervención y destrucción de los ecosistemas, así como la deforestación con que se acompaña esta actividad que genera la extinción de especies endémicas y, por tanto, el desplazamiento de aquellas comunidades asentadas en las cuencas de los ríos.

En la actualidad se llevan a cabo actividades de minería en el 76% de los municipios de Chocó con actividades de extracción de oro y platino, según datos recolectados por la Defensoría. Aunque solo tres unidades mineras tienen licencia ambiental, el Sistema de Información Minero Colombiano reportó que el departamento produjo el 98 % del platino y el 37 % del oro nacional.

No obstante, el Sistema de Información Minero Colombiano informó que en el año 2012 el Chocó ocupó el primer lugar en la producción de platino en Colombia, con el 98,6% de la producción nacional, y el segundo como proveedor de oro y plata correspondientes al 37% de la producción nacional con 24.438 kilogramos (después de Antioquia, con el 41%). En ese sentido, se están explotando los recursos sin cumplir con la legislación ambiental vigente.

El coronel Jorge Rojas, que coordinó una operación del Ejército contra la extracción ilegal de oro en Guainía, asegura que "la minería ilegal da más beneficios que la cocaína", pues un gramo de oro, como mínimo, cuesta unos 27 dólares en esa zona y 10% de la explotación acaba en las arcas de las Farc, mientras que un kilo de cocaína vale unos 965 dólares y es más difícil de comercializar.

Río Quito, por ejemplo, es una mina de metales preciosos y es el pueblo más pobre del país. Sus tres corregimientos: Villa Conto, San Isidro y Paimadó viven con el 98% de sus necesidades básicas insatisfechas. *El Espectador* recorrió durante varios días las calles de este municipio y navegó el afluente para conocer las condiciones en las que se encontraba la población directamente afectada por las dragas y el mercurio. Lo que vio fue un panorama repleto de necesidades, olvidado y con pocas alternativas para emprender actividades económicas diferentes a la minería.

Según la investigación, el afluente se ha sedimentado tanto que peces como el bocachico, el dentón y la mojarra fueron desapareciendo, y lo poco que se pesca no sirve para vender, pues para los restaurantes de Quibdó el pescado de Río Quito es sinónimo de carne contaminada con mercurio. Los agricultores, por su parte, sienten que los sedimentos liberados por la remoción de tierras y los suelos erosionados quemaron las raíces de sus cultivos de maíz, arroz, chontaduro, cacao, coco, caimito, guama, caña de azúcar y plátano, por lo que esta actividad también ha disminuido.

Los testimonios que recopiló Cuevas durante su visita dan cuenta del ambiente de zozobra y miedo con el que se vive en la zona. La población teme por su vida, y hablar del negocio del oro, de los grupos armados y de la complicidad del Estado y la Fuerza Pública son temas que solo se discuten en voz baja, si es que se hace. La minería ilegal, con sus enormes dragas, quebró el paisaje chocoano. Las amenazas de las guerrillas y los caprichos paramilitares han ido convirtiendo a este departamento en un rincón abandonado, con trabas burocráticas, con altos niveles de desempleo y pobreza, y escándalos de violencia y corrupción.

Pero fue esta misma población la que el mes pasado recibió una noticia que podría ser esperanzadora. El Tribunal Administrativo de Cundinamarca falló una acción popular a favor de aquellas comunidades afrodescendientes por la violación del derecho a un ambiente sano, al equilibrio ecológico y a la salubridad y seguridad pública.

El Tribunal les ordenó a la Corporación Autónoma del Chocó (Codechocó) y al municipio, presentar ante el Ministerio de Ambiente un proyecto para mitigar y controlar la actividad minera, así como prevenir los futuros daños de la explotación y la tala indiscriminada. Esto deberá ejecutarse en los próximos seis meses.

El Ministerio de Salud también debe comprometerse a crear un programa que preserve la salud de los pobladores que se encuentran en peligro por estar expuestos al mercurio. Tiene un mes para cumplir la orden.

Es la misma tierra y la misma gente que se resiste a crecer con la idea de que "al Chocó le tocó ser pobre" y que el abandono y la corrupción vienen incluidos en la desgracia y, por tanto, son justificables.

El esperado encuentro (Nuquí)

Septiembre, mediodía y lo primero que siento son los rayos del sol sobre mi piel. Llevo puesto un jean, tenis, camisa negra y medias gruesas de lana color gris. Me estoy asando. Siento cómo se deslizan las gotas de sudor por mi espalda y frente, por el cuello, los brazos y el pecho. También siento cómo se hinchan mis pies, cómo se adhiere la ropa a mi piel, cómo se alborota el pelo, cómo se seca la garganta, cómo empieza la migraña y cómo el cansancio se apodera de mí (y todavía no hago nada).

No han pasado veinte minutos desde que el avión aterrizó y la situación empeora. El sol se vuelve más intenso y los rayos de luz pegan sobre mi cara sin importar donde me pare. Ya me he puesto debajo de un árbol, cerca de un local de artesanías, en la caseta de información afuera del aeropuerto, en un techo de madera del que cuelga una ballena gigante decorada con hojas secas ocre. Es mediodía y no vale la pena luchar contra el calor.

Si alguien me preguntara cómo me siento ahora, diría que desaliñada y desubicada. Pareciera ser que no encajo en este paisaje de vestidos cortos, sandalias plásticas y camisetas ombligueras y holgadas que deambulan por la calle sobre cuerpos esbeltos y morenos. De esos que menean sus caderas a cada paso, de los que tienen contextura gruesa pero firme, senos grandes, culo enorme, ojos oscuros, dientes blancos, piel áspera, cuarteada y, a veces, manchada por el sol, piernas velludas, axilas velludas y cintura provocativa.

Las mujeres son sensuales cuando caminan y lo saben. No hay mojigatas escondidas entre capas de telas. Son libres. Son seguras. Son coquetas. Son llamativas y coloridas. Son ellas —o al menos eso parece—.

También me invade una sensación de felicidad. Estoy feliz de estar aquí y por sentirme desaliñada y desubicada en el Chocó.

Luego de cuarenta minutos sobrevolando el mar y la selva, enorme, tupida y con diferentes tonalidades de verde, por fin he llegado a un rinconcito del Pacífico colombiano llamado Nuquí, uno de los treinta municipios que conforman el Chocó, considerado por el Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (Dane) el más pobre de Colombia.

Para los que pisamos este suelo por primera vez y nunca antes habíamos tenido la oportunidad de abrumarnos con tanta belleza natural y calor humano, lo único que tenemos claro son algunas cifras que dan cuenta de una auténtica crisis humanitaria que se resume en un índice de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) del 79%, el más elevado del país.

Como consecuencia de la minería informal e ilegal, la incursión de nuevos grupos armados ilegales, la escasa gestión pública del gobierno nacional y local para

ocuparse de las problemáticas que aquejan a la población, las condiciones climáticas y geográficas que afectan la productividad y aíslan al departamento del resto del país, la corrupción, la mediocre educación, el carrusel de la salud y demás factores; es que el Chocó es catalogado como tal.

Cuando salgo del aeropuerto siento el olor a cuerpo acalorado, a empanada frita, pescado crudo y fruta descompuesta. Luego, el del mar, la brisa salada, la tierra húmeda, la vegetación, huele a playa. Olores saliendo por todos lados, de esos que se impregnan en el cabello y en la ropa, de los que no abandonan y hacen parte de la identidad de un lugar.

Los 8.000 habitantes de Nuquí suelen transportarse en mototaxi. Los más pequeños juegan en la única cancha de fútbol y único parque que tiene el municipio. Van al único colegio en donde aprenden a leer en salones a los que les faltan ventanas, a veces puertas, a veces lámparas que alumbren sus cuadernos. Caminan por la única calle pavimentada que con una fuerte llovizna se transforma en un lodazal de basura. También hay una estación de Policía, una iglesia descuidada, un mercado y un aeropuerto cuya pista está en malas condiciones y por eso las aerolíneas ADA y Satena dejaron de venir durante un tiempo. A mí me tocó tomar un vuelo chárter, mucho más costoso y pequeño, para apenas diez pasajeros.

El Nuquí de los videos y planes turísticos tiene ballenas jorobadas saltando en medio del mar, tortugas gigantes desovando en la madrugada, decenas de delfines nadando cerca de las lanchas, madera tallada por indígenas emberas, frutas exóticas, comida exquisita y mucha naturaleza, demasiada, en grandes cantidades y presentaciones.

También hay necesidades. Se ven a simple vista y entre más uno logre adentrarse y llegar al final de la calle, más duro se torna el panorama. De acuerdo con el Dane, un total de 171.000 personas dejaron de ser pobres entre 2014 y 2015, y 24.000 dejaron de vivir en la miseria. Sin embargo, las regiones Pacífico y Atlántico presentan las tasas más elevadas, siendo el Chocó el departamento más desigual y pobre de Colombia, Quibdó la ciudad con mayor índice de pobreza en el país (pasó de 46,2 % en 2014 a 50,2 % en 2015 y del 14,5% de pobreza extrema al 17,8 %) y Río Quito el municipio más pobre donde casi toda la población aún vive con el 98% de sus necesidades básicas insatisfechas.

A pesar de las alarmantes cifras, está la otra cara de la historia, la de aquellos que dicen sentirse afortunados de haber nacido aquí, de dormir en una casa humilde de madera frente al mar, destartalada y a veces incompleta, de tener apenas lo necesario pero suficiente para vivir tranquilamente. Están aquellos personajes que jamás cambiarían a Nuquí por una gran ciudad de edificios modernos, autos lujosos y tiempo cronometrado. Están aquellos que sueñan con morir rodeados de esta espesa selva, en lo que algunos llaman "un paraíso escondido".

Pero toda la belleza natural que enamora desde el aire queda rezagada cuando el turista recorre por primera vez las playas del pueblo. Ya en tierra, la basura, los chulos, los malos olores y algunas ratas se vuelven protagonistas del lugar. Nuquí no cuenta con un relleno sanitario dado que no hay un lugar para construirlo ni vías pavimentadas que puedan conectar al municipio con otro. La única manera de llegar a este lugar es por aire, si se viaja desde Medellín, Quibdó o Manizales; o por agua, si se viaja en barco desde Buenaventura.

La basura se tira a menos de 40 metros de la orilla del mar. Se abre el hueco con una retroexcavadora y luego las volquetas echan ahí todos los residuos sólidos que ya han recogido de las casas, los días martes y viernes. Tras llenarse, se tapa con tierra y se continúa con un nuevo hueco. Así se ha hecho durante las últimas décadas.

Ahí, donde también se bañan y divierten los niños, pañales, sillas, almohadas, botellas de vidrio y plástico, toallas higiénicas quedan a la intemperie. El oleaje y la marea alta arrastran todos los desechos y los regresa al mar.

Edwar Sucre Murillo, alcalde de Nuquí, asegura que como no hay ningún otro lugar para llevar los residuos, hasta el momento, esa es la única opción que tiene.

—¿A dónde las echo si Nuquí sólo está rodeado de ríos, mar y manglares, y tampoco tiene vías secundarias o terciarias que estén pavimentadas para transportar los residuos? —me dice con tono preocupado—, por ahora algunos queman la basura o la tiran al río directamente. Es vergonzoso pero tiene mucho que ver con la falta de concientización y educación ambiental.

Luego de comer mi primera empanada de atún y dos arepas de huevo para calmar el hambre que me perseguía desde Medellín, me encuentro con Josefina Klinger, la creadora de la Corporación Mano Cambiada, quien desde hace varios años viene trabajando por incentivar el ecoturismo y turismo comunitario en Nuquí, aprovechando el potencial natural que ofrece. Quedamos en conversar más tarde en su casa. Ella tiene que recoger a una pareja de recién casados con la que coincidentalmente viajé y que pasará su luna de miel en el Parque Nacional Natural Utría. Mientras tanto, yo, bien sudada y maloliente, necesito encontrar un hostel para tomar una ducha, ojalá helada.

Nos escribimos luego. Adiós.

Una mujer de selva y mar (Nuquí)

Josefina Klinger Zúñiga tiene 54 años y tres hijos. Nació en Nuquí pero también ha vivido en Panamá, Medellín, Bahía Solano, Quibdó, Bogotá y Cali. Su casa queda a media cuadra de la iglesia del pueblo, prácticamente sobre la playa. Tiene dos pisos, un balcón de madera con helechos que cuelgan del techo, una habitación sencilla pero amplia, una hamaca de colores y una mesa pequeña donde suele poner la taza de tinto. Vive rodeada de agua y palmeras, de mar y selva; por eso su hogar, aunque vaya y venga, aunque reciba amenazas y su trabajo pareciera ser desprestigiado por los suyos, siempre será el Chocó.

Es tal vez uno de los rostros más conocidos del departamento. Fue ganadora del premio a Mujer Cafam 2015 y es directora de la Corporación Mano Cambiada, una iniciativa que surgió en 2006 con el propósito de fortalecer el ecoturismo en la zona y desarrollar proyectos sociales, educativos, culturales y ambientales para la población local, especialmente niños y jóvenes.

Aunque el departamento pareciera cargar con los calificativos de desgracia y miseria sobre la espalda, dado que la minería ilegal e informal, el narcotráfico, la violencia, la corrupción y el olvido estatal han hecho de las suyas durante décadas, hay quienes luchan cada día, desde el anonimato o los grandes escenarios, por cambiar esa percepción.

La economía del Chocó se basa principalmente en la pesca, la minería, el turismo y el cultivo de plátano, yuca y frutos autóctonos. Pero, a pesar de la abundancia natural que posee, no hay grandes empresas que transformen los productos o generen empleo a la población local. Por ello, muchos migran para vender su mano de obra barata en otras ciudades con la intención de, algún día, poder entrar a la universidad o tener un trabajo estable y bien pago.

Josefina, ante tanta necesidad en su pueblo, tanto discurso desesperanzador con el que se educaba a los niños y tanto letargo por parte de quienes deberían hacer algo y tienen el poder para lograrlo, decidió convertirse en una líder local, con todas las bondades y desventajas que vienen consigo.

Ella es una mujer comprometida con casi todas las causas sociales de Nuquí, desde los problemas de corrupción, hasta los de salud, infraestructura, comunicación y educación. Por eso, su lucha empezó con el colegio, cuando, según cuenta, los profesores llegaban borrachos a dictar clases, no entregaban los boletines a tiempo, no revisaban tareas o simplemente no iban a trabajar “como si fueran los reyes de esta tierra”.

—La escuela del municipio es una fábrica de pobres, con aulas de mala calidad y docentes desesperanzados que enseñan a los niños a sentirse víctimas del Estado. El educativo es un sector poderoso, al que no se puede criticar y que olvidó la trascendencia del trabajo que hace —empezó siendo su discurso tiempo atrás—. Es una violencia sistemática que nadie es capaz de visibilizar pero que tiene graves consecuencias porque se le enseña a los niños y jóvenes que este

es el peor lugar del mundo para vivir y que por eso tienen que irse a buscar nuevas alternativas para surgir, para ser alguien en la vida.

Fue a los 32 años, después de padecer tuberculosis cerebral y de pasar varias semanas en cama al borde de la muerte, que Josefina tuvo dos "revelaciones": todo su trabajo lo estaba haciendo desde lo material y con la generación que no era. Tenía que trabajar "con los niños, con la nueva semilla y no con los adultos que ya estaban llenos de miedo y con una sensación constante de escasez y pobreza", la misma que alguna vez ella tuvo y por la que siempre quiso escapar del Chocó.

—El problema es que mientras nosotros intentamos hacer turismo comunitario, aquí viene el narcotráfico y arrasa con todo en cuestión de segundos. Los niños crecen con una visión errada de que todo se puede conseguir rápido y sin esfuerzo. Es muy difícil que la gente comprenda que no solo podemos ser mano de obra barata, sino también empresarios, innovadores y anfitriones en nuestra propia tierra. Y eso es difícil por la sencilla razón de que estamos vendiendo el concepto de turismo sostenible en un territorio con necesidades básicas insatisfechas, históricamente abandonado y con gobernantes negligentes.

Irónicamente, Josefina terminó viviendo aquí no por gusto, sino por necesidad económica, porque era madre soltera, joven y tenía que alimentar a dos hijos a los que no podía seguir enviando al colegio con el estómago vacío, como alguna vez ocurrió. De otro modo jamás habría llegado aquí, tal vez jamás habría sido lo que hoy es.

—Yo no quería venir porque para mí este era el lugar donde se quedaban todos los fracasados, los que no aspiraban a nada, los conformistas. Terminé aceptando la propuesta de una amiga mía para ser vendedora en una droguería, pero siempre con la ilusión de que, algún día, un turista me contrataría como empleada, me llevaría a otra ciudad (Bogotá, Cali o Medellín, preferiblemente) y luego, con mi personalidad y esfuerzo, llegaría a trabajar en una gran empresa. Me fui de Quibdó porque allá la realidad es muy diferente, lo más fácil era ser prostituta y eso nunca estuvo entre mis planes.

Quienes la conocen aseguran que es una persona exigente y apasionada con todo lo que hace. Es hija única, de papá alemán y mamá nuquiseña, aunque tiene 21 medio hermanos. Es el resultado de una infancia solitaria, de una adolescencia rebelde llena de inseguridades, de una adultez que transcurrió entre la escasez y la abundancia, entre la soledad, el resentimiento y la falta de oportunidades, entre el reconocimiento nacional y el rechazo local.

Tras considerar a este municipio como la peor opción para vivir, se dio cuenta que había un potencial extraordinario en Nuquí dada su riqueza natural, pues hace parte del Chocó Biogeográfico, una de las zonas con mayor biodiversidad del planeta. El 90% del departamento es zona especial de conservación y cuenta con cuatro Parques Nacionales Naturales: Utría, Los Katíos, Tatama y Acandí Playón

y Playona, razones por las que se ha convertido en un tesoro natural que atrae a nacionales y extranjeros de todos los rincones del mundo, especialmente entre los meses de junio y octubre, cuando las ballenas jorobadas recorren las cálidas aguas del Pacífico.

La Corporación Mano Cambiada trabaja principalmente en la ensenada de Utría; sin embargo, no escatima esfuerzos para cooperar con guías locales y posadas nativas de los demás corregimientos con el fin de que la gente logre sacarle provecho económico a todos los recursos naturales (atractivos turísticos) que rodean sus casas.

—La idea es rescatar actividades como la minga, la mano cambiada y el trueque, tres prácticas solidarias de complemento y no de competencia, que ya casi no se ven porque el dinero empezó a mediar nuestras relaciones sociales. La envidia y la falta de visión por parte de algunos locales obstaculizan el trabajo que algunos líderes intentamos impulsar. En el Chocó es prohibido crecer, tener dinero y prosperar; la gente de aquí está acostumbrada a la caridad, como si el mundo tuviera que pagarnos la deuda histórica que tiene con los negros. Por eso no es tan sencillo que los procesos prosperen.

A pesar de todo, de los comentarios mal intencionados, de las amenazas que ha recibido y del rechazo de los suyos (de algunos), Josefina Klinger, la misma que cautiva con su sonrisa blanca y cabello afro desde la distancia, la que habla mirando a los ojos y casi nunca quiebra su voz, está decidida a seguir luchando por su municipio. Está cansada, se le nota. Quiere ponerse a sembrar frutas, plátano y construir su casa en un lugar tranquilo rodeado de selva y mar, pero, por ahora, Nuquí, el lugar al que nunca quiso llegar pero ahora llama hogar, sigue siendo su prioridad y así será por algunos años más.

La lucha por conservar la selva húmeda de Utría*

(Entre Bahía Solano y Nuquí)

A un lado se asoma el ecosistema más amplio del lugar: 43.000 hectáreas de selva húmeda tropical que cobijan siete tipos de mangle, cientos de especies animales y vegetales, y varios ríos y cascadas de aguas cristalinas. Hacia el otro lado, un mar tranquilo y cálido, en donde habitan diez especies de corales, 106 especies de peces y varias de moluscos, crustáceos e invertebrados.

En este paraíso verde se puede hacer avistamiento de ballenas jorobadas entre los meses de junio y noviembre, cuando los cetáceos recorren cerca de 8.500 kilómetros desde la Antártida hasta las aguas del Pacífico colombiano para aparearse y parir sus crías. Son cerca de 3.000 ballenas las que llegan cada año al país, específicamente a Bahía de Málaga, Nuquí, Bahía Solano, los golfos de Tribugá y Cupica, los Parques Nacionales Naturales de Gorgona y Utría; y las playas de Flores, Coquí, Arusí, Juanchaco, Joví y Ladrilleros.

El 80% del territorio de la ensenada de Utría se traslapa con territorios indígenas de la etnia embera-dobidá, organizada en tres resguardos, la cual desde hace siglos viene dando un uso sostenible a los recursos naturales para su subsistencia y prácticas ancestrales.

La selva húmeda tropical es tal vez el ecosistema menos estudiado de Utría, ya que todos los esfuerzos de conservación e investigación se han enfocado primordialmente en los ambientes marino-costeros del parque. Esto significa que no se conoce con exactitud la estructura y composición del bosque en donde indígenas y comunidades afrocolombianas cazan, talan, pescan y cultivan.

Sin embargo, investigaciones realizadas por la Fundación Natura ponen en evidencia una reducción en la fauna cinegética (de caza) que podría afectar los procesos de dispersión de semillas y, por tanto, modificar las características de una selva heterogénea con árboles que alcanzan los 45 metros de altura y uno de diámetro.

En el interior del área protegida, las mayores presiones se presentan en los resguardos indígenas de Alto Río Valle Boroboro, Jurubidá y Chorí Alto Baudó, en donde animales como la danta, el puerco de monte, el mono araña y la guagua podrían estar en peligro de desaparecer, además de otras especies como iguanas, armadillos, venados, el mico tití, el mono cariblanco y el tigrillo.

De acuerdo con un estudio realizado por Parques Nacionales Naturales (PNN), las presiones al ecosistema se deben, principalmente, al rápido aumento de las poblaciones indígenas y afrocolombianas que incrementan la demanda de proteína animal, y a los nuevos métodos de cacería.

“El cambio de las herramientas y métodos de cacería tradicionales por métodos introducidos no sostenibles, como son el perro y la escopeta, los cuales favorecen la cacería intensiva e indiscriminada en detrimento de la sostenibilidad del recurso,

pasando de una economía de subsistencia a una con fines comerciales”, advierte el documento.

Las comunidades étnicas han hecho uso del recurso forestal de manera tradicional para la construcción de viviendas, tambos, escaleras, enramadas, canoas, remos, palancas, artesanías, sillas y mesas, así como para la leña y el consumo de frutas y semillas. Este aprovechamiento se hace de manera selectiva, tumbando los árboles y palmas con hachas, machetes y muy pocas veces con motosierra. Sin embargo, se han visto casos en los que la tala se hace intensiva para la comercialización.

Jesús Emiro Nagles, chocoano y funcionario de PNN, comenta que monitorear todas las actividades que se hacen en las 54.300 hectáreas que tiene Utría es una tarea casi imposible de cumplir, y mucho más para un equipo de expertos y operarios que no supera las diez personas.

“Los indígenas tienden a ser responsables con los ecosistemas del parque, pero las comunidades negras de los municipios de Jurubirá, El Valle y Bahía Solano a veces ingresan en la noche, cuando ya estamos dormidos, a talar madera fina y pescar con redes de trasmallo que también se llevan moluscos, crustáceos, langostas, pianguas y cangrejos para vender. Estos animales no están permitidos”, dice Nagles.

El año pasado, el país perdió un área boscosa del tamaño de Bogotá. Se registraron un total de 140.356 hectáreas deforestadas como consecuencia de la minería y la tala ilegal, la conversión de bosques en pastizales para ganadería y agricultura, los incendios forestales y los cultivos ilícitos. Se presentó un incremento del 16% en comparación con 2013, cuando se registraron 120.934 hectáreas deforestadas.

Aunque la problemática se sigue concentrando en la Amazonía (con el 45% del total nacional) y la Región Andina (con el 24%), el Pacífico tiene en alerta roja al gobierno pues presentó un aumento de más del 100%, pasando de 5.028 hectáreas deforestadas en 2013 a 13.855 hectáreas en 2014, según el último informe realizado por el Sistema de Monitoreo de Bosques y Carbono del Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam) y el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible.

Caquetá sigue registrando los porcentajes más elevados de deforestación, con 29.245 hectáreas en 2014, seguido de Antioquia (21.032), Meta (13.727), Putumayo (11.106) y Chocó (10.353). Lo que significa que estos cinco departamentos concentran el 61% de la deforestación nacional; una cifra escandalosa que se suma a la del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), que estima que más del 80 % de la pérdida de superficie forestal en todo el mundo hasta 2030 se concentrará en sólo once lugares, entre ellos el Chocó-Darién.

Para ayudar a mitigar los daños ambientales, Parques Nacionales Naturales (PNN) tiene un programa de prevención, vigilancia y control que consiste en socializar con la comunidades los impactos negativos del uso indiscriminado de los recursos naturales que, poco a poco, se ha ido comiendo a mordiscos esta selva. A la vez, funcionarios de esta entidad, hacen recorridos para monitorear las zonas más afectadas, que, según han constatado, son Cocalito, Morromico, Cuevita, San Pichí, Boroboro y El Fondeadero.

Aunque a la fecha la selva se encuentra en buenas condiciones, el director del PNN Utría, César Vargas, considera que es una situación a la que se le debe prestar atención para mantener la conectividad del bosque y los servicios ecosistémicos que presta.

“Si los bosques dejan de ser una masa de árboles y se convierten en parches aislados, es muy posible que el parque pierda su funcionalidad para mantener a las poblaciones. Esta conectividad se pierde por procesos de transformación por lo que es necesario continuar con el trabajo con las comunidades indígenas que históricamente han vivido en la selva, pero también con los municipios aledaños donde viven comunidades negras”, advierte.

**Esta nota está modificada. Fue publicada en un principio en el diario El Espectador el 15 de octubre de 2015 por motivos de investigación, coyuntura e inmersión con las comunidades indígenas y negras para la campaña ambiental BIBO. Texto original: Tatiana Pardo.*

Los niños surfistas de termales (Termales)

Néstor Tello tiene 35 años y es profesor de surf en Termales, Chocó. Ese es el deporte favorito de 140 niños y jóvenes que sueñan con ser algún día como Kelly Slater o Mick Fanning, varias veces campeones mundiales.

Todos los martes y viernes, a eso de las 4:00 de la tarde, cuando el cielo se torna de un color naranja intenso con brochazos de rojo, amarillo y azul, Néstor se reúne con los chicos para empezar las clases. A veces se lanzan al mar para aprender a ripear una ola, hacer un aéreo o un 360, y otras veces se quedan en la playa para mejorar su estado físico con piques de cien metros y brazadas sobre la arena.

Los más pequeñitos no son siquiera la mitad de lo que mide una tabla de surf, pero, con osadía, se tiran al mar e intentan mantener el equilibrio arrodillados sobre ella mientras una ola se acerca, aparentemente tranquila, para luego revolverlos, hundirlos y regresarlos a la orilla de donde minutos atrás partieron eufóricos.

Santiago Mosquera me va a mostrar cómo es que se tiene que surfear. Tiene 15 años y está en séptimo de bachillerato; es uno de los líderes del grupo. Cuando se gradúa quiere ser surfista profesional pues para él esto no es un capricho ni un *hobbie*, es un sueño que empezó seis años atrás cuando tomaba las tablas de madera de su cama y se le escapaba a sus padres para ir a deslizarse sobre las olas del Morro.

Antes no habían tablas profesionales, no se sabía que existían campeonatos mundiales, ni siquiera que esto podría practicarse de manera profesional, considerarse una carrera y ganar dinero por eso. Así que los niños, como por instinto, sacaban las tablas de su cama y salían corriendo como quien no quiere que lo pillen en la escena del crimen. Luego, se tiraban al mar para aprovechar el oleaje, disfrutar del agua, de los rayos del sol, de las nubes color azul intenso que se ven por acá.

A Santiago su talento lo llevó hasta Australia para recibir clases y mejorar su técnica de la mano de expertos internacionales. El intercambio fue posible gracias al Plan de Promoción de Colombia en el Exterior, que está vinculado con municipios del Plan Fronteras para la Prosperidad y el Programa Integral 'Niños, Niñas y Adolescentes con Oportunidades', que lidera la Cancillería con el fin de prevenir el reclutamiento de menores por parte de grupos armados ilegales en zonas de riesgo. También viajaron niños futbolistas de Tumaco a Japón y músicos de Cartagena a Vietnam.

Santiago se refiere a esa experiencia como "inolvidable", dice que Australia "es otro mundo, bellissimo, con olas gigantes y un mar salado y frío", pero con un problema: "no es Termales, o sea que no es mi hogar".

—Yo espero que esto le abra las puertas a mis compañeros del Club de Surf para que sigan entusiasmados y esforzándose. Me encantaría que de aquí saliera el próximo campeón del mundo y yo sé que es posible —dice Santiago a quien también le gustaría estudiar medicina o química pero le preocupa tener que cambiar el surf por el fútbol, y los atardeceres por el cemento de una gran ciudad como Medellín, Cali o Cartagena, a donde suelen ir a estudiar los nuquiseños, aquellos que tienen la posibilidad económica de salir de aquí.

De acuerdo con el Ministerio de Educación, la tasa de cobertura para la población entre 17 y 21 años de edad es de 23% para todo el departamento del Chocó, mientras que el promedio nacional es del 45%. Pero lo más preocupante de todo es que el 91% corresponde únicamente a la capital de Quibdó y, en los demás municipios, solo el 3% de la población tiene acceso a educación superior, lo que significa que no hay una buena cobertura en estos lugares que, además, sólo tienen cuatro horas de electricidad al día (de 6 a 10 pm) y no cuentan con un centro de salud para emergencias. Su única opción es ir hasta Nuquí, con los costos que esto implica.

Los indicadores señalan también que el 37,3% de la población residente en Chocó ha alcanzado el nivel básico de primaria; el 25,8% la secundaria y el 7,3% el nivel superior y postgrado. El 20,8% de la población no tiene ningún nivel educativo.

Santiago, como muchos otros, camina 90 minutos diarios para ir a estudiar en el colegio de Arusí, el corregimiento más cercano a Termales, ya que este no cuenta con una escuela propia en donde los adolescentes puedan recibir clases.

—A veces llueve demasiado y llegamos empapados al salón, pero de todas formas nos vamos todos juntos así que nos acompañamos y la pasamos bien —me dice con una sonrisa, como haciéndome entender que está orgulloso aunque no sea consciente aún de la magnitud del problema.

Camilo Mosquera también fue a Australia, tiene 16 años y quiere estudiar criminalística en Medellín. Dice que el surf lo hace sentir libre y que va a regresar durante sus vacaciones para seguir ripeando las olas.

Steiner Moreno fue otro de los afortunados. Empezó a practicar desde hace dos años y nunca ha ganado un concurso aunque siempre queda entre los finalistas. Tiene pestañas largas, negras, gruesas y crespas. Son hermosas. Sonrisa cautivadora, dientes blancos y alineados, ojos negros y una piel suave y lisa. Parece tímido, pero, luego de diez minutos, deja de serlo ¡Es más pícaro de lo que aparenta!

—Australia es maravilloso, las olas son bellísimas, pero nunca como las de acá. Yo no cambio a Termales por nada del mundo porque fue donde crecí, amo mi pueblo y no me gustaría irme aunque sé que en algún momento me tocará —dice Steiner para luego contarme que solía ser muy perezoso antes de practicar surf y lo único que hacía era “callejear, dormir, comer y, de vez en cuando, jugar al fútbol luego de salir del colegio”.

Para llegar aquí hay que tomar una lancha desde Nuquí, la cual emprende su camino únicamente cuando al motorista se le antoja; por lo demás, no tiene ningún problema en hacer roña delante de sus pasajeros impacientes.

Esa tarde, salieron del mar cinco hombres con traje de buzo, dos fornidos y tres con bracitos delgados y espalda pequeña. Según una señora de treinta y pico de años que se me acercó sigilosamente antes de emprender mi viaje, estaban buscando o tal vez escondiendo entre los manglares algún paquete con cocaína.

Dijo que muchos de los jóvenes se ganan la vida buscando y enterrando "tesoros", haciendo los mandados y convenciendo a otros de hacer lo mismo para que el negocio siga creciendo y engordando. Chocó es el único departamento de Colombia que limita con Panamá y corre con la suerte (o desgracia) de estar bañado por el océano Atlántico y Pacífico, lo que lo convierte en un corredor estratégico para el narcotráfico, tanto para el sur como para el norte.

Las presiones por parte de los grupos armados ilegales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y los grupos armados post desmovilización de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) autodenominados Los Rastrojos y Los Urabeños han tenido a la población afrocolombiana e indígena navegando entre el miedo, la pobreza y el abandono.

Las Farc hacen presencia a través de los frentes 57, 34, 30, Aurelio Rodríguez y la columna móvil Libardo García del Arturo Ruiz; mientras el ELN está representado con los frentes Resistencia Cimarrón, Manuel Hernández y Ernesto Che Guevara. Ambos grupos guerrilleros figuran en mayor medida en la zona rural, mientras que las AUC lo hacen en los centros urbanos como Quibdó, Itzmina, Bahía Solano, Nuquí y el Medio y Bajo Baudó.

Los cinco hombres se tomaron un jugo de mango con hielo y luego pidieron que les guardaran el almuerzo para más tarde. Hablaron por celular unos cuantos minutos, bajaron la voz mientras se secreteaban y se sumergieron nuevamente entre las oscuras y densas aguas del Pacífico. No los volví a ver.

Cuando por fin el conductor decidió llevarnos a nuestro destino el cielo rompió en agua y se volvió gris en menos de un minuto. Así son las cosas aquí, la lluvia llega sin avisar. El Chocó comprende las selvas del Darién y las cuencas de los ríos Atrato y San Juan, razones que lo convierten en una de las zonas con mayor pluviosidad del mundo y rica en biodiversidad. Cuenta con aproximadamente 9.000 especies de plantas vasculares equivalentes al 37% del total de la flora del país, 200 especies de mamíferos, 600 especies de aves, 120 especies de anfibios y 100 de reptiles.

Néstor Tello es el maestro, amigo, consejero y compinche de los muchachos. Le tienen respeto y también lo quieren. Es de estatura baja, dientes blancos (como casi todos aquí) y risa pegajosa. Él se ríe y yo me río, no sé por qué, pero eso es lo que hacemos.

Le dije que tenía demasiada sed y no dudó un instante en traer un palo gigante de su casa para bajar un coco y pelarlo. Agarró su machete y con doce golpes me lo dejó listo para el deleite. Ahora estamos sentados frente a la playa mientras el equipo hace su respectivo calentamiento y se prepara para empezar la clase. Saltos, piques, estiramiento de músculos, cuclillas y listo ¡Al agua patos!

Cuando le digo a Néstor que lo voy a grabar mientras conversamos, se pone nervioso y deja de mirarme a los ojos; antes lo hacía todo el tiempo. Luego, cuando se olvida de la cámara que puse frente a él, empieza a entusiasmarse y esas pepas negras vuelven a iluminarse mientras ve a su hija Lady Tatiana nadar en el mar con el traje rosa que días atrás le regaló de cumpleaños.

El surf llegó a la vida de Néstor cuando su hermano mayor, que en ese entonces trabajaba en el hotel El Cantil, empezó a tomar clases con la asesoría de Guillermo Gómez, un paisa enamorado de estas tierras y el primero en construir una escuela de surf para turistas que querían tener una experiencia diferente y sacarle provecho a las enormes olas que aquí se forman, de las mejores en Colombia, dicen.

Ryan Butta fue uno de esos turistas. Hace tres años llegó a las playas de Termales a pasar sus vacaciones y después terminó creando la Fundación Buen Punto que apoya con tablas de surf y recursos económicos a 140 niños que hoy practican este deporte y tienen la oportunidad de entrenarse, viajar, competir y divertirse de manera gratuita.

Al principio se trabajó sólo con cinco tablas de surf que le fueron donadas a Ryan por una fundación de Estados Unidos. Luego, el grupo fue creciendo y las tablas llegaron a treinta, insuficientes para más de cien niños que reciben clases en tres corregimientos de Nuquí y que sueñan con ser, algún día, campeones mundiales.

Néstor los ve practicar y desde lejos grita algunas instrucciones para que no se alejen tanto de la orilla. Hay niños muy pequeños nadando con tablas enormes que doblan su estatura.

—¿Si no fueras profesor de surf qué otra cosa estarías haciendo? —le pregunto intrigada pues aparentemente esto es lo que más le gusta hacer.

—No me hagas imaginar eso por favor. Trabajar con estos niños ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida y no quiero siquiera pensar en hacer otra cosa —me dice entre risas—. Es que el surf lo llevo en la sangre, en el alma y en el corazón. Esto es lo que quiero hacer hasta que me muera, en el agua, sobre una tabla siempre. Pero antes, escucha bien Tati: de aquí saldrá el próximo campeón mundial de surf, no hay duda de eso y quiero que el país lo sepa de una vez.

**De cazador a protector de tortugas
(Termales)**

Las habitaciones quedan justo al frente de la playa. Tienen dos camas sencillas con toldillos para los mosquitos, un baño pequeño y, apilados, unos cuantos ladrillos que hacen de pared desde donde se pueden tomar fotos. Justo al lado está el balcón que, dependiendo de la ocasión, puede hacer de perchero o centro de reuniones para chismosear y contemplar el atardecer mientras se come coco.

En el primer piso está la cocina, hermosamente humilde, acogedora y cálida. Una tiendita en la que se venden objetos de aseo, agua en botella, cerveza, cigarrillos, gaseosas y mecató para el que quiera combinar el pescado frito con Cheetos o galletas Festival de vainilla. Hay también un lavadero pequeño, un comedor amplio con mesas y sillas plásticas Remax, y una vista serena con dirección al mar.

La posada nativa, construida con rocas gigantes desde hace más de cincuenta años por el señor Salomón, es ideal para los enamorados de la naturaleza. “Es un lugar único para disfrutar y descansar”, dice la tarjeta promocional que entregan al llegar, y así es, es un lugar ideal para la contemplación.

Todos los días sin falta, con lluvia o sin lluvia, José Sigifredo Mendoza recorre cuatro kilómetros de playa buscando huevos de tortugas Carey o golfina que llegan, a esta zona del Chocó, a anidar entre los meses de julio y noviembre.

En Colombia, se encuentran cinco de las siete especies de tortugas marinas que hay en el mundo: golfina, Carey, caná, verde y la cabezona. Todas catalogadas bajo algún riesgo de extinción en la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN). Son muchos los factores que las amenazan, pero el consumo de carne y huevos, así como la elaboración de artesanías con su caparazón, hacen que cada vez su población disminuya en ambas costas del país.

Sigifredo tiene el cabello alborotado y seco, la piel quemada por el sol, los ojos rasgados, color café, y las uñas largas, como si tocara el arpa. Habla suave y gesticula poco. Camina rápido, seguro porque conoce este recorrido de memoria y sabe cuáles son los puntos clave en los que vale la pena detenerse por un instante, encender la linterna y buscar las huellas que dejan las tortugas cuando se arrastran sobre la arena. Pero yo voy un poco más lento, a paso de turista que lo contempla todo por primera vez, sintiendo la arena húmeda, y a esta hora fría, entre mis dedos.

Desde hace cuatro años, dejó de ser el principal cazador de tortugas en el corregimiento de Termales para convertirse en su principal protector y defensor. Con los pies descalzos, ya encallecidos por la arena caliente que ha pisado durante más de tres décadas, hace varios recorridos al día para evitar que otros depredadores se las coman. El primero inicia a las 9 de la noche, el otro, a las 2 de la madrugada y el último, a las 5 de la mañana del día siguiente.

Sus “compañeros de la noche”, son Palomo, Sombra y Tollo, tres perros cazadores con quienes solía adentrarse en la tupida y espesa selva chocona para traer guagua, puercos de monte, venados y zorros que luego vendía a sus vecinos o en las plazas de mercado en Nuquí. Ahora, los animales lo acompañan a buscar huevos de tortugas, pues la cacería poco a poco la ha ido reemplazando por otros oficios.

—Todo empezó cuando escuché, por primera vez, llorar a un mono. Lloraba como un ser humano, botaba lágrimas igual que nosotros y se notaba que estaba asustado y sufriendo. Los perros lo cazaron y me lo trajeron. El miquito me estiraba los brazos para que lo cargara y cuidara como si yo fuera su mamá. Desde ahí dejé de cazar con frecuencia y me dediqué a otras cosas, porque es una imagen muy conmovedora y difícil de superar. A ese pobre animalito se le alcanzaban a ver los órganos, las tripas e intenté ayudarlo, pero ya era muy tarde.

Sigifredo es una de las personas más calmadas con las que he conversado durante este viaje. Es de esos que se toma su tiempo para pensar las preguntas y luego responde dos o tres frases concretas y cortantes. Al principio, pareciera que no quiere hablar más, que lo único que desea es acabar con esta “preguntadera” mía. Pero luego, de un momento a otro, cambia de parecer y es él quien lleva las riendas de esta conversación que, según parece, ya no quiere que termine.

Me cuenta que vive con su mamá y con dos de los diez hermanos que tiene, en una casa humilde de madera, frente al mar. Que le dicen “La leche” porque de niño le encantaba tomarla. Que vivió quince años en Medellín trabajando en el sector de construcción y luego se devolvió sin previo aviso porque extrañaba la tranquilidad de Termales. Dice que le encanta la cerveza fría y el aguardiente antioqueño, que no consume drogas, que le gustan todas las mujeres y que tiene un terreno donde siembra árboles de madera fina.

Se convirtió en un protector de tortugas, principalmente, por pensar en que los “renacientes”, como se refiere a las futuras generaciones, no pudieran llegar a conocer a estos animales por culpa suya.

—Cada año llegaban menos tortugas a las playas de Termales y me dio miedo que fuera por mi culpa y por todas las veces que madrugué a buscar huevos para comer y vender. Al principio no sabía cómo protegerlas. Todo fue cuestión de intentar e intentar, hasta que un día las cosas salieron bien.

Los primeros nidos que cuidó quedaron destruidos. En el primero, enterró los huevos muy profundos y se ahogaron; en el segundo, los enterró muy cerca de la superficie y sólo nacieron unos cuantos porque los rayos de sol pegaban directamente sobre la arena y calentaban el nido. Ahora tiene dos tortugarios que él mismo construyó y tres nidos con 168 huevos que pronto serán liberados.

Los niños y jóvenes son una pieza clave en todo este proceso porque son ellos quienes le avisan a Sigifredo, cuando van de camino al colegio en Arusí, dónde

están las huellas de tortugas. Entonces, marcan los puntos sin que nadie más se entere para que luego él pueda pasar a recogerlos antes de que un depredador los agarre.

Los huevos los echa en una bolsa plástica o en una nevera de icopor, los cubre con arena y luego los lleva al tortugario de 2.50 por 1.50 metros que tiene. Si los huevitos llevan más de 72 horas, los ubica meticulosamente tal como los encontró. Si tienen menos de 24 horas "no hay tanto problema porque no se han asentado aún. Entonces, ellos solitos se van acomodando cuando les hago el hueco en otro lugar".

Ser el protector de tortugas, en un corregimiento donde todos se conocen con todos, no es un negocio rentable pero sí una pasión que "sana el alma". De vez en cuando los turistas le dan algo de dinero por su labor, por los recorridos, por conversar con ellos, por enseñarles lo que ha aprendido empíricamente y por dejarles ver la liberación de las diminutas tortugas que salen desorientadas hacia el mar a enfrentarse con

**La promesa que Colombia le inclumplió
a los indígenas embera*
(Bagadó)**

Imagine un lugar que ha sido abatido durante años por la cruda guerra de nuestro país, apartado y escondido entre la rica selva chocoana, donde poderosas empresas se pelean el control de las minas de oro, con presencia de grupos al margen de la ley y donde el Estado siempre se ha destacado por su ausencia. Tratar de llegar ahí puede significar una travesía de hasta tres días caminando desde el corregimiento de Santa Cecilia, en Risaralda.

Allí está el Resguardo Tahami del Alto Andágueda, ubicado en el municipio de Bagadó, en el Chocó. Organizado en 33 comunidades en las que habitan más de 1.500 familias y alrededor de 7.200 indígenas. Una tierra que, durante muchos años, ha sido testigo de bombardeos aéreos, confinamientos, despojos, amenazas, torturas, asesinatos selectivos y cualquier otra práctica horrorosa de la que hemos sido testigos como país.

Esta población sigue reclamando la atención del gobierno, pues hace un año, en un fallo histórico, el tribunal superior de Antioquia ordenó devolverle 50.000 hectáreas de su territorio (un poco más del 50% del municipio de Bagadó). La sentencia reconoce, por primera vez, los derechos territoriales de los pueblos indígenas y les obliga a varias entidades públicas acumplir con una serie de órdenes que, a la fecha, no han avanzado como deberían.

La falta de articulación entre entidades locales y nacionales, la escasez de recursos, el clima inclemente, los complejos procesos de concertación con las autoridades indígenas y los problemas de orden público, han impedido que los desplazados retornen a su hogar de manera digna y segura. Muchos, por la fiebre del oro que estalló hace cerca de diez años, tuvieron que desplazarse a centros urbanos, lo que ocasionó un proceso de desarraigo cultural y espiritual y la adquisición de nuevas prácticas de mendicidad, prostitución y drogadicción que empezaron a quebrar el tejido social de la comunidad.

El número de desplazados, según el registro de la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), es de 746 indígenas embera katíos distribuidos entre Andes (203), Bogotá (257), Medellín (246), Ibagué (17), Pereira (10) y Armenia (13).

Para el contralor delegado para el sector agropecuario, Andrés Bernal, “existe un alto grado de incumplimiento institucional respecto a las órdenes de la sentencia, especialmente en temas de urgente necesidad como salud y saneamiento básico”.

Por ejemplo, se le ordenó al Ministerio de Salud, en coordinación con la Gobernación del Chocó, la Secretaría de Salud del Chocó, la Alcaldía de Bagadó, la EPS Barrios Unidos y los Cabildos Gobernadores de las 3 zonas que conforman el Resguardo, poner en marcha la construcción y adecuación de puestos de salud, dotarlos, contratar personal médico y hacer funcionar unidades móviles en materia de prevención, promoción, vacunación, elevación nutricional y atención médica.

Pero, de acuerdo con el último informe de la Contraloría General de la Nación, que ha venido monitoreando de cerca este caso, “el estado actual de esta orden es con seguridad el más precario de todos en términos del cumplimiento y refleja

la baja responsabilidad de las entidades comprometidas en esta tarea. Ha sido evidente no solo una nula coordinación, sino una falta de comunicación severa entre los diferentes niveles del gobierno”.

El Ministerio de Salud señaló que “la sentencia no le otorgaba competencias y que su obligación era hacer seguimiento a las acciones de atención, inspección, vigilancia y control que deben llevar a cabo los entes territoriales”. En ese sentido, hasta el momento no han sido entregados los diseños de los puestos de salud ni hay recursos para financiarlos.

Es precisamente este uno de los temas que más preocupa al Resguardo del Alto Andágueda, pues no cuenta con centros médicos cercanos pese a las constantes quejas por diarrea, brotes en la piel, dolor de cabeza y fiebre. La mayoría de muertes registradas en niños menores de 5 años son por Enfermedad Diarreica Aguda que habrían podido evitarse de contar con un tratamiento a tiempo.

La alimentación es otro de los temas que inquieta. Según Patricia Tobón, abogada de la Comunidad de Juristas Akubadaura, el Departamento para la Prosperidad Social (DPS) considera que un programa de seguridad alimentaria para el resguardo del Alto Andágueda consiste en dotar a cada familia con 1 libra de maíz, 20 granos de frijol, 4 matas de plátano, 10 estacas de yuca y una plántula de limón. “Pero es totalmente impensable, eso no es seguridad alimentaria para nadie”, dice.

La más reciente Encuesta Nacional de la Situación Nutricional en Colombia, Ensin 2010, revela que el 64,2 % de las familias chocoanas viven en inseguridad alimentaria, cuando el promedio nacional es de 42,7 %. Otra cifra, de las muchas que hay, que reflejan un panorama indignante, pues muchos deben caminar más de diez horas, e incluso días, para llegar a un centro de salud que además no está dotado como debería.

Precisamente, garantizar la seguridad alimentaria es una de las principales falencias en el acompañamiento al proceso de retorno de la comunidad desplazada, pues las instituciones no tienen en cuenta el decreto 4633 que exige una asistencia diferencial que le garantice a los indígenas retornar a su territorio en condiciones dignas y seguras.

“Hacia afuera, el gobierno habla cosas muy bonitas sobre la paz, pero adentro hay un completo abandono. No estamos pidiendo un favor, sino un derecho que ampara la sentencia y que además no entendemos muy bien. Estamos confundidos porque no hablamos castellano y la sentencia no se ha traducido a nuestra lengua, así que no sabemos qué nos tienen que dar y en qué plazos. Necesitamos jornadas educativas al respecto”, dice Yahaira Murri, lideresa indígena de la zona y una de las pocas mujeres que habla español. Su tía murió hace algunas semanas, a mitad de camino, intentando llegar a un hospital.

La historia de los Embera Katío arrancó a finales de 1979 cuando el Incora, hoy Incoder, reconoció la existencia de su resguardo. Pero tres décadas después el

Gobierno inició una intensa concesión de títulos mineros que poco a poco se fueron comiendo a mordiscos esta tierra. En total, como lo advirtió la sentencia, el 62% de su territorio quedó en manos de 11 empresas que buscaban oro.

Aunque el organismo le dio un jalón de orejas a la Fuerza Pública y a la Autoridad Nacional de Minas (ANM) para recuperar aquellas tierras explotadas y destruir la maquinaria pesada que ahí se encuentra, los avances han sido mínimos para la magnitud del problema. De nuevo, la falta de cooperación entre autoridades locales y la presencia de grupos armados impidieron que la maquinaria que ha transformado el ecosistema fuese destruida.

Lo que le preocupa al grupo de abogados que le sigue la pista a la sentencia del Alto Andágueda es que, después de un año, los avances han sido pocos, pero los enfrentamientos continúan, al igual que los confinamientos y la zozobra con la que viven cada día.

“El gobierno dice que ha hecho muchas cosas, pero en el terreno no hay salud, saneamiento básico, escuelas, casas, electricidad, ni nada. Si no les cumplen a las víctimas con un acuerdo tan grande como el de justicia transicional, siendo esta la primera sentencia que ampara los derechos territoriales de los pueblos indígenas, ¿qué va a pasar en un escenario de posconflicto? El hecho de que exista una sentencia no significa que haya un goce efectivo de los derechos porque no se ha cumplido como corresponde”, sostiene la abogada Tobón, indignada con la situación.

Lo mismo piensa la indígena Morri. “Queremos que el gobierno nos cumpla, estamos cansados. Antes sembrábamos maíz, pero estas tierras ahora no son fértiles. Salíamos a cazar, pero ahora por los bombardeos y enfrentamientos nos da miedo movernos en la selva. Hay desnutrición, agua contaminada, enfermedades occidentales por la comida que nos dan, no hay centros de salud y la gente se muere a mitad de camino. Los niños son los más perjudicados, esperamos que el Estado no los deje seguir muriendo”.

**Esta nota, ahora modificada, fue publicada inicialmente en el diario El Espectador el 4 de enero de 2016 por razones de investigación y coyuntura. Texto original: Tatiana Pardo.*

La dulce herencia (Guachalito)

Diego González tiene 40 años y ha pasado toda su vida en Guachalito. Conoce Medellín, Cali, Bogotá y Quibdó, pero jamás va a dejar su hogar, una casa ubicada al final de la playa, rodeada de selva, con una entrada hecha en piedra y conchas, decorada con plantas florales y frutales, donde el río y el mar se tocan sutilmente en una esquina.

Todos los días se levanta antes de las seis de la mañana para sentirse “productivo y ocupado”. Alimenta a las gallinas y los patos, ayuda a su esposa con los quehaceres del hogar, sale a pescar si es necesario, siembra plátano, yuca, limón, piña, borojó y chontaduro para el sustento de su familia y, además, prepara cocadas, una tradición familiar que heredó de sus padres y abuelo materno, a quienes desde pequeño veía hacer mermeladas, panelitas, dulces y viche con hierbas.

—A mí lo que me encanta y motiva es revivir las prácticas ancestrales de mi familia para que no se pierdan con el paso del tiempo; también porque recibo turistas y es un valor agregado que les ofrezco para que conozcan nuevas cosas y degusten de lo que yo hago.

Hace 25 años, cuando apenas empezaban a llegar los primeros turistas a Guachalito, la única casa construida era la de su papá, Marciano, donde la gente podía acampar y colgar sus hamacas para pasar las noches. Para ese entonces, la familia González no pensaba en vivir del turismo, ni siquiera imaginaba que Nuquí sería uno de los destinos más apetecidos por las cristalinas y cálidas aguas por donde pasan las ballenas jorobadas cada año para aparearse y procrear. Fueron los paisas y caleños quienes notaron el potencial del lugar y le aconsejaron a Marciano que construyera más casas, esta vez con habitaciones para ofrecer hospedaje y la opción de comida.

Diego empezó a trabajar en el sector turístico desde hace 15 años como transportador de lanchas en hostales paisas. Así fue como pudo ir ahorrando, poco a poco, el dinero suficiente para comprar la madera, el cemento, los baños, la cocina y demás materiales necesarios para construir su casa, la cual desde hace 8 años recibe a viajeros de todas partes del mundo, especialmente europeos.

En Guachalito viven Iris, Pedro, Diego y Benjamín, todos hermanos dedicados al turismo en sus posadas nativas “Luna de Miel”, “Peñas de Guachalito”, “Mar y Río” y “La Joviseña” respectivamente.

—Estas tierras eran de la bisabuela de mi papá. Prácticamente, en Guachalito solo vivíamos nosotros en una única casa de madera frente al mar. Luego, mi papá decidió comprar todo esto para dividirlo en predios iguales para nosotros. Sin embargo, mis hermanas han ido vendiendo su herencia porque ya tienen hijos

o esposos que viven en otros pueblos, pero cada quién decide su destino y el mío lo quiero construir aquí, en el lugar donde nací y crecí. Amo la tranquilidad, tener contacto con la naturaleza, no me gusta la bulla y por eso no tengo ninguna carrera profesional porque no me interesa una gran ciudad.

—Mija, de Termales a Guachalito hay máximo una hora—dijo la mujer mientras me servía el desayuno a eso de las diez de la mañana.

Insistió en que no emprendiera mi travesía con el estómago vacío, y, sin dudar, me sirvió un plato lleno de comida y una taza de café negro. Se sentó a mi lado hasta que terminé mi tarea, como revisando que realmente me estuviera alimentando bien, sobre todo porque viajaba sola por una ruta desconocida. Sonrió y se despidió con un fuerte abrazo y un beso en la mejilla. Me hizo prometerle que regresaría a su casa. Volveré, de eso no hay duda.

—Por lento que vaya, se demora setenta minutos en llegar —corroboraron algunos pescadores que a lo lejos movían sus manos en señal de despedida.

El sol era inclemente y la arena hervía. Había niños jugando un partido de fútbol, perros de nadie que iban detrás del balón, hombres grises que envejecían cada segundo debajo de una palmera, pescadores pacientes que aguardaban por un pez, talones cuarteados, cocos caídos y olor a mar. Lo inhalé profundamente porque sabía que en pocas semanas lo estaría añorando dentro de una sala de redacción, sentada frente a un computador, sin playa ni palmeras verdes.

Los pasos empezaron firmes, sin sandalias porque para mí es más fácil andar así. Una pañoleta rosa para cubrirme del sol, gafas, bloqueador, una mochila grande a mi espalda, una más pequeña con cámaras, portátil, trípode, baterías, cargadores, celular y grabadora en mi pecho, una botella de agua y un coco que me regalaron al salir.

En lo único que pensaba era en tener alquilo de sombra. Bueno, también en alguien que apareciera a mitad de camino para ayudarme a cargar el bulto de tela y tecnología que llevaba sobre mí, tal vez una ducha fría, también algo de comer; unas frutas, por ejemplo. Se me antojaba un raspado de limón y naranja, de esos que compraba durante mis vacaciones en Girardot, un jugo de patilla con hielo molido que tomo cuando voy a ciclovía, una cama, un masaje en los pies, cualquier cosa menos que la marea subiera.

A lo lejos, después de cinco horas andando, llegué al rincón más curioso que había visto. Un pedazo de playa mitad verde, mitad azul. Mitad río, mitad mar. Me tumbé sobre la cama y empecé a ver cómo las lagartijas cazan moscas, polillas y cuanto bicho se les pare cerca. Son pequeñas, de color gris y café, y aparecen de repente en el techo y paredes como si alguien las hubiera lanzado con pegante en las patas de modo inesperado. En un principio se quedan quietas, inmóviles, esperando el momento indicado para atacar y emprender una carrera enloquecida

con destino a la cena. Luego se cansan y su pequeño cuerpo se infla y desinfla advirtiéndome que es hora de reposar por un instante para después continuar.

La habitación tiene un colchón doble que reposa sobre una plataforma hecha en guadua, un baño con espejo, una ducha decorada con cientos de conchas coloridas y de diversos tamaños, una lámpara blanca, una ventana con vista al mar y una mesa de noche pequeña. Tocaron a la puerta y me dejaron cuatro cocos para que me hidratara. Al día siguiente, un aguacero torrencial, un desayuno de huevos con arepa al frente del mar y, para cerrar, dos ballenas saltando tranquilamente a menos de cinco kilómetros de la playa. Todo valió la pena.

**Así es como Chocó aprovecha sus bosques
(Quibdó)**

A plena luz del día, sobre el río más caudaloso del país, una mancha amarilla, delicada y continua se aproxima a la lancha. Mariposas, cientos de ellas, revolotean entre la espesa selva chocoana, se acercan a los rostros negros de sonrisas blancas que posan frente a humildes casas de madera y luego rozan, sutilmente, las oscuras aguas del Atrato.

Después de cuatro horas navegando, desde Quibdó hasta Bojayá, se asoma, entre tupidos árboles, la localidad de Bellavista, un lugar que carga consigo las secuelas de una masacre, de un enfrentamiento entre guerrilleros y paramilitares que dejó como resultado 119 personas muertas y 6.000 desplazadas. Muchos cuerpos desmembrados, mucha tristeza, muchos recuerdos de aquel 2 de mayo de 2002 que se cuentan con la voz quebrada.

Aquí vive Baldolovino Dumasa Cuñapa, líder indígena de la comunidad embera; son siete hijos y 54 años. Lleva el pecho descubierto, un jean roto y pies descalzos. Fue víctima de la violencia, perdió todas sus pertenencias, pero retornó por amor a la tierra, tierra que hoy no produce como antes, que sienten sólo da pérdidas.

“Hubo una época en que nos iba muy bien, solíamos recoger arroz, plátano, yuca y piña en grandes cantidades; luego íbamos a los pueblos e intercambiábamos nuestros productos con los negros. Fueron buenos tiempos”, recuerda con nostalgia.

Y es que los bosques también han sido víctimas de las amenazas y caprichos de los grupos armados ilegales que con motosierras se han ido comiendo a mordiscos el paisaje del Chocó. El verde que Baldolovino tiene frente a él cada mañana, hace parte de los once puntos más amenazados del planeta, donde se concentra el 80 % de la deforestación. La región del Chocó-Darién, considerada una de las más biodiversas del mundo, podría perder tres millones de hectáreas de aquí a 2030.

Si nadie hace nada, advierte el informe “Bosques Vivos” de WWF, 170 millones de hectáreas de bosque desaparecerán para esa misma fecha. Esto significa que podría perderse un bosque del tamaño de Alemania, Francia, España y Portugal juntos, donde habitan “más del 52 % de las especies de árboles, 80 % de las especies de primates, 124 especies de aves (el 70 % de ellas amenazadas o en peligro)”.

Ante ese escenario, que se suma al de la minería ilegal donde la obsesión por el oro y el platino ha desviado el curso de los ríos con dragas y buldóceres, ha matado a cientos de peces, ha contaminado el agua y ha ocasionado infecciones en la piel y otras tantas enfermedades en la población, es que la bioquímica Maribel Torres decidió crear Bioinnova, el primer centro de investigación e innovación en el Chocó.

El objetivo es fortalecer proyectos regionales, conservar el medio ambiente, unir el conocimiento ancestral con el científico y apoyar a los sectores más vulnerables del Pacífico. Trabaja con víctimas del conflicto armado, jóvenes y mujeres cabeza de hogar con baja escolaridad y mayores de 50 años, con el objetivo de que estos nichos no tengan que depender de las ayudas que brinda el Estado, sino que sean capaces de ser económicamente independientes.

“No hay derecho de que las comunidades que siempre han conservado el ecosistema, de manera incógnita e invisible, estén pasando hambre y otro tipo de necesidades. Por eso queremos que Bioinnova aporte a la transformación socioeconómica de la región, que la gente desarrolle sus productos y luego los lleve al mercado. Que le saque provecho a la selva que tienen al lado”, explica Torres.

Una de esas iniciativas es Curcumetto, fundada por Edwin Allín y su esposa, Céfora Lloreda. Ambos trabajan de la mano de 112 indígenas y 92 afro de Bojayá para producir aceite de cúrcuma, limoncillo y jengibre. Las familias se encargan de cultivar, arrancar la cosecha, lavarla en el río y ponerla durante veinte días al sol, mientras que Edwin la procesa en una pequeña fábrica, cubierta por paredes de madera y latas en el techo, para extraerles el aceite y luego venderlas.

“Nuestro sueño es comercializar en grande, pero estamos fracasando”, dice Edwin, algo desilusionado. “No tenemos quien nos compre, necesitamos un horno y un molino para trabajar y poder sacar harina; no queremos plata, sino herramientas para producir. Hay muchas víctimas que dependen de esto y hacer crecer un negocio es tremendamente duro en esta zona, lo hacemos con las uñas”.

Aunque ahora hay 25 microempresas consolidadas en Bioinnova, que trabajan con diferentes productos como vinagre de borojó, cocadas de piña, cosméticos libres de químicos o derivados del petróleo, aceites esenciales extraídos de plantas del Pacífico y harina de plátano, lo cierto es que muchos están preocupados por la rentabilidad del negocio. De ahí que la población haga parte, por necesidad, de actividades que degradan el medio ambiente.

La Defensoría del Pueblo ya ha identificado que los guandales y los cativales, localizados en la parte media y baja del Atrato, han sido los bosques más afectados en el departamento. Las ciénagas de Panezo, Chicaravia, La Redonda y Bellavista también entran en la lista.

Todo adquiere más relevancia luego de que el Instituto de Hidrología, Meteorología y Estudios Ambientales (Ideam) arrojara el año pasado una cifra preocupante para el país: 140.356 hectáreas de bosque fueron deforestadas en 2014; el Chocó está siendo impactado por la tala indiscriminada, la ganadería, la agricultura a pequeña y gran escala, la minería y las obras de infraestructura.

Del ombligo a la piangua (Jurubirá)

Sobeida es una mujer incansable, si no tiene nada para hacer ese día seguro se lo inventa con tal de mantenerse ocupada. Desde muy temprano se levanta, prende una vela y se prepara un café oscuro. Luego se sienta en la mesa de madera que tiene al frente de su casa, que prácticamente es comunal en esta calle de Jurubirá, y prende un cigarrillo que sostiene todo el tiempo en su mano. Saluda a sus vecinos y saborea cada sorbo de café como si fuera el último en pasar por sus papilas. Pareciera ser su momento más especial; el estado de la contemplación, combinado con la imaginación y las angustias de la vida que solo ella conoce.

En el segundo piso de su casa hay una terraza y tres habitaciones adornadas con conchas y tapas de botellas plásticas. En medio del balcón una pequeña mesa de vidrio, al lado un armario de madera con revistas viejas, de puntas rotas y cubiertas por una fina capa de polvo que da cuenta del poco uso que tienen. También hay un cenicero para tirar las colillas de los cigarrillos y una vela para iluminar las noches que siempre están a oscuras pero nunca en silencio.

Aunque siempre hay sonidos flotando en el aire, este corregimiento dista mucho de ser un lugar agitado y cronometrado. Tiene apenas 500 habitantes que viven en casas de madera con vista al mar o al río, algunas destartaladas, otras más decoradas y pintadas. Algunas con árboles y perros, otras con amplios patios y tiendas donde se venden dulces y productos de aseo, otras con cerdos que se revuelcan en el barro, otras con niños corriendo de un lado a otro, otras con equipos de sonido y pista de baile, otras lúgubres y solas.

El hogar de Sobeida es ahora una posada nativa “para hospedar a viajeros tranquilos y despreocupados pues para los exigentes vivir aquí no debe ser tan divertido. Esto no es un hotel cinco estrellas”, dice entre risas. Las paredes de su casa están decoradas con recuerdos que cuelgan en forma de portaretratos y cuadros antiguos. Hay cojines de colores, sábanas de colores, cortinas de colores. En fin, ella es color andante.

A esta mujer le encanta hablar y contar historias. Me dijo, entre muchas cosas, que en Jurubirá se “ombliga” a los niños recién nacidos a la tierra para que sientan pertenencia por su territorio, lo cuiden y respeten; pero además, para que nazcan con “poderes”.

Durante el embarazo, los padres eligen el poder que quieren que su hijo o hija tenga. Si quieren que cure la picadura del escorpión, por ejemplo, queman el animal con anterioridad, hacen una especie de crema con él, lo frotan sobre el ombligo del recién nacido y luego lo entierran en un árbol junto con el cordón umbilical que cortaron. Ese niño, dicen, nunca sentirá dolor si un escorpión llegase a picarlo y además, podrá calmarle el dolor a otra persona que sea picada y no tenga su mismo "poder".

Luego Sobeida hace un salto a otro tema y empieza a hablar del arte de pianguar, una actividad que solo hacen las mujeres y consiste en salir, a altas horas de la madrugada, a recolectar piangua, un molusco que vive entre las enormes raíces de los mangles y se esconde hasta 30 centímetros dentro del barro.

El ecosistema de manglar es el más importante para las familias del Pacífico colombiano pues de ahí sacan la materia prima necesaria para hacer tamales, arroz atollado, ceviche, sudados y demás productos que pueden ser comercializados. Sin embargo, un balde de piangua se vende a tan solo \$8.000 y la faena no es para nada sencilla.

Las mujeres, descalzas, se bajan de las chalupas al río y empiezan a pisar el barro para sentir dónde está la piangua escondida; luego, con las manos descubiertas, entierran el brazo hasta el fondo para sacar cada una de las conchas.

"Tenemos que tener cuidado porque bajo el agua hay culebras, cangrejos y pesapos (un pez venenoso que vive en los esteros del manglar) que pueden lastimarnos los brazos o pies. Pero no importa, así seguimos. Los chocoanos tenemos la mayor riqueza del mundo que es la naturaleza, si alguien se muere de hambre, definitivamente, es por pura pereza", sentencia Sobeida.

Aunque el manglar ha sido impactado por la tala indiscriminada, las obras de infraestructura vial mal planeadas, la ampliación de la frontera urbana, la ganadería extensiva y la contaminación; Colombia cuenta actualmente con una extensión aproximada de 285.049 hectáreas de manglar de cinco tipos: Mangle piñuelo, rojo, blanco, negro y Zaragoza.

"Hacen falta muchas cosas aquí, no lo voy a negar, sobretodo en salud o empresas que nos puedan dar trabajito. Pero aquí vivo y aquí quiero morir. Este es mi paraíso", dice, mientras señala el atardecer que ya empieza a asomarse entre la espesa y hermosa selva chocoana.

SEGUNDO CAPÍTULO

La crónica, un género rebelde

En medio de tanta información falsa que se viraliza a través de las redes sociales e internet, de tanto afán por conseguir primicias, tanta rapidez con la que hoy en día se producen los contenidos periodísticos, tanto escritorio y tan poca calle, tanto combustible de curiosidad y amarillismo con que se dotan los titulares para aumentar los 'clicks', y tantas ruedas de prensa y comunicados propagandistas que llegan cada minuto a las salas de redacción; no estaría mal parar por un instante y ahondar otro camino.

La crónica es una buena alternativa para hacerlo, es un género que va en contravía de la manera precipitada, cronometrada y, a veces, vacía como muchos medios de comunicación hacen su registro noticioso. Es un género que requiere de tiempo; tiempo para investigar, para escribir y publicar. Tiempo para que el periodista se desplace, haga reportería, observe y tenga la oportunidad de sumergirse, sin prejuicios, en la vida de otros. Tiempo para sentir y transmitirlo. Tiempo para saber cómo guiar al lector en esta travesía.

Es lo que Norman Sims (1996) llama inmersión. Este género periodístico requiere, en ciertas oportunidades, de un método etnográfico que consiste en hacer entrevistas y participar de ciertas actividades sociales para poder analizar y describir mejor el comportamiento de determinado grupo o individuo.

Sims, en el prólogo de su libro *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*, explica que:

Al contrario del periodismo normal, el periodismo literario exige sumergirse para mostrarle a los lectores que hay un autor trabajando. Debe ser exacto. A los personajes del periodismo literario se les debe dar vida en el papel, exactamente como en las novelas, pero sus sensaciones y momentos dramáticos tienen un poder especial porque sabemos que sus historias son verdaderas. Los periodistas literarios se meten en sus narraciones en mayor o menor grado, y admiten tener emociones y debilidades humanas. A través de sus ojos, observamos a personas normales en contextos cruciales. (Pág. 14)

La crónica narra también lo que no ocurrió, las oportunidades perdidas que afectan a los protagonistas, las conjeturas, los sueños, temores, experiencias e ilusiones que cada ser tiene. Narra lo banal, lo cotidiano y lo enriquece con descripciones y diálogos que no suelen ser usados con frecuencia en los géneros meramente informativos como la noticia.

Es un género rebelde y político, que no anda detrás de los poderosos esperando a que hablen; al contrario, su discurso consiste en que la mayoría de personas se interesen en algo que antes no les interesaba en lo más mínimo, en historias comunes, en personajes que no son ni futbolistas, ni presidentes, ni modelos, ni famosos.

Dice Martín Caparrós, citado por Darío Jaramillo Agudelo (2012, pág. 607) en su libro *Antología de crónica Latinoamericana actual*, que “sin desastre, la mayoría de la población no puede ser noticia”, por eso, pese a que la información busca lo

extraordinario, la crónica se interesa en la vida diaria de individuos comunes y corrientes. Mientras “la información —tal como existe —consiste en decirle a muchísima gente qué le pasa a muy poca: la que tiene el poder. La crónica se rebela contra eso. Es una manera de decir que el mundo también puede ser otro. La crónica es política”.

Este género también le brinda al autor cierta libertad de tener voz, no necesariamente de ser el protagonista, pero sí de admitir y exponer sus emociones y debilidades humanas ante un público expectante; de dar una mirada, de convertirse en un guía y de pasarle por encima a esa famosa jaula llamada objetividad, que en realidad debería entenderse como la actitud a favor de la verdad pues es prácticamente imposible que el periodista se aparte totalmente de sus emociones e ideologías.

Frente a este punto, el escritor Julio Villanueva Chang (2010) asegura en *Letras Libres* que:

El cronista será siempre un extranjero en todas partes. Suele andar solo, y su suerte depende en parte de su carisma y su empatía con la gente. A veces es un intruso bienvenido; otras, quiere ser el hombre invisible. El reto de un cronista consiste en estar más tiempo con la gente dentro de su propia comunidad, casi al modo de un etnógrafo, y así tener la suerte de ser testigo de cómo cambia la gente ante sus ojos. Pero el cronista no puede escapar de su personalidad. “Es una persona completa, íntima, franca, irónica, sarcástica —recuerda Mark Kramer —, una que puede mostrar desconcierto, juzgar e, incluso, reírse de sí misma. Son cualidades que los académicos y los reporteros de noticias evitan por considerarlas poco profesionales y nada objetivas”. (Pág.)

Así que la autora de este trabajo de tesis nunca quiso dejar de plasmar sus impresiones primerizas, ni sus miedos y mucho menos sus emociones frente a escenarios y personajes desconocidos. Sin embargo, tampoco pretendía ser el centro de atención.

Ya decía Tomás Eloy Martínez (1996), el fallecido periodista y escritor argentino, que el periodismo no es un circo para exhibirse, sino un instrumento para pensar, para crear y ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta:

El periodista no es un agente pasivo que observa la realidad y la comunica (...) es una voz a través de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas de la realidad, entender el por qué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez. (Pág. 6)

De acuerdo con el maestro de la crónica y la inmersión, Rishard Kapushinski, en su libro *Los cínicos no sirven para este oficio* (2002), el verdadero periodismo es intencional, aquel que se fija un objetivo y que intenta provocar algún tipo de cambio en la sociedad, es aquel que tiene un toque de humildad pero también de indignación, de amor, de tristeza y rabia porque, sencillamente, el periodista nunca deja de sentir.

“No hay periodismo posible al margen de la relación con los otros seres humanos. En ese sentido, el único modo correcto de hacer nuestro trabajo es desaparecer, olvidarnos de nuestra existencia. Existimos solamente como individuos que existen para los demás, que comparten con ellos sus problemas e intentan resolverlos, o al menos describirlos”. (Pág. 38)

Una muy buena manera de investigar y recopilar esa información es irse a vivir con la gente, “al menos un amanecer y un anochecer”, diría Germán Castro Caycedo. Así que, sin ánimo de que la autora de este trabajo se compare con los grandes de este oficio, eso fue lo que intentó hacer. Durante veintiocho días la periodista convivió con indígenas, negros, paisas y extranjeros en los corregimientos de Nuquí y otros lugares como Quibdó, Bagadó y Bahía Solano. Vivió en posadas nativas, en pequeñas habitaciones, con paredes inconclusas y puertas sin seguro, caminó lo que más pudo, se adentró en la selva, comió lo que le ofrecieron, escuchó, observó y aprendió.

Ser visible en estos municipios tan pequeños no es una tarea difícil; al contrario, el reto es lograr el anonimato. Así que a veces la periodista optó por recorrer las calles con el único propósito de observar a la gente; quería ver en qué trabajaban, qué hacían, cómo hablaban, cómo caminaban e interactuaban, en qué se diferenciaban del hombre urbano al que ella estaba acostumbrada, qué comían, cómo cocinaban, en dónde lo hacían, qué bebían, cómo vestían, de qué hablaban y qué actividades tenían para divertirse.

En otras oportunidades, en cambio, prefirió dedicarse a entrevistar, a pasar horas o incluso días con un mismo personaje, a tomar fotografías y hacer videos, a escribir sus impresiones en una agenda para no olvidar los detalles; los colores, los olores, el clima. Se dedicó a compartir tiempo con la gente en los quehaceres cotidianos como preparar el tinto en la madrugada, darle de comer a las gallinas y colgar la ropa en el perchero.

Sin embargo, como decía Tom Wolf (1977), a veces ese punto, llegar a la vida de otros y conseguir ser bienvenidos, es el más difícil de todos y no necesariamente sale bien:

El problema inicial radica siempre en tomar contacto con completos desconocidos, meterse en sus vidas de alguna manera, hacer preguntas a las que no tengas derecho natural de esperar respuesta, pretender ver cosas que tú no tienes por qué ver, etcétera. Muchos periodistas lo consideran tan embarazoso, tan aterrador a veces, que jamás son capaces de dominar este primer paso. (Pág. 75)

Entre las muchas otras características que tiene la cónica, el periodista colombiano Juan José Hoyos (2003), en su libro *Escribiendo historias. El arte y oficio de narrar en el periodismo*, arroja varias ideas que son propias de este género y lo diferencian sustancialmente del estilo informativo empleado habitualmente en las noticias:

- El discurso noticioso destruye el orden cronológico. El discurso narrativo lo reconstruye.
- El discurso noticioso está diseñado para que el lector se entere de los hechos fundamentales en los primeros párrafos del relato, mientras que el narrativo cuenta los hechos tal como sucedieron, creando tensión a lo largo del escrito.
- El discurso informativo elimina la mayoría de detalles y se limita a narrar lo general, a grandes rasgos. El discurso narrativo acumula detalles significativos y simbólicos porque ahí puede estar escondida la verdad.
- En el discurso informativo no aparecen personajes, sino nombres. En el narrativo se reconstruyen personajes, se muestra la forma de actuar y pensar, los rasgos físicos y espirituales de alguien que es importante en la historia.
- En las noticias rara vez se registran los diálogos, todo se resume en citas que muchas veces son abstraídas de su contexto. El discurso narrativo, en cambio, los capta en su totalidad para así mostrar a los personajes del modo más realista posible.
- En los escritos informativos el punto de vista es único, objetivo, impersonal. En ellos el uso de la tercera persona es una práctica casi constante. Mientras que en los textos narrativos, la voz del narrados es producto de una exploración que depende de varios factores, entre ellos, el grado de conocimiento que se tenga sobre el tema, de su simpatía u odio, o de su proximidad con la historia que cuenta.

Dice el autor que, a la hora de contar, el narrador puede acudir a cualquiera de las dos formas de representación de la realidad de las que hablaba Aristóteles en la Poética: la directa o indirecta.

Si en el trabajo de investigación hemos estado frente a muchas escenas y diálogos en los que personajes se retratan a sí mismos con sus propias palabras, es posible hacer uso de las escenas descriptivas lo que ayuda a crear una historia más viva, fresca y realista para que el lector tenga la impresión de haber presenciado directamente todos los hechos.

Si en cambio la información fue recopilada por medio de testimonios y versiones de los acontecimientos y no se presencié nada; es mejor elegir la segunda opción que da como resultado una historia más panorámica, con más economía de palabras, soportada en la fuerza que el narrador logre imprimirles a los hechos.

Si se profundiza un poco más, dice Hoyos, se podría decir que, en el periodismo, a la hora de contar, existen cuatro maneras, cuatro perspectivas: primera persona, omnisciencia, omnisciencia limitada y método objetivo.

El primero de los casos produce un tono de intimidad, da una impresión de verdad, acerca al lector y al narrador, y obliga a que la historia se cuente desde adentro. El segundo caso implica un narrador con conocimiento ilimitado de cada uno de

los personajes lo que implica conocer gran parte de su vida, su pasado, sus pensamientos y futuro. Es una voz de absoluta autoridad donde el narrador entra y sale para evaluar la situación y los comportamientos.

El tercero de ellos es una mezcla de los dos primeros, “emplea la tercera persona pero enfocada desde la perspectiva de uno de los personajes y su particular modo de ver el mundo” y, finalmente, el método objetivo, que es considerado por el autor el más difícil de todos porque debe convencer al lector de que no está inmiscuido en la historia. El narrador únicamente dice qué pasó, no se introduce en la mente de ningún personaje, no comenta, no muestra sus sentimientos y da la sensación de que cuenta la verdad pues retrata, como un camarógrafo, todos los acontecimientos que suceden. (2003, pág. 237)

En ese sentido, y por todas las razones antes mencionadas, la crónica fue el género periodístico que mejor se acomodó a las intenciones de la autora. El objetivo, además de dar un contexto sobre la crítica situación en la que se encuentra el departamento del Chocó, también era promover el turismo a través de historias inspiradoras, de personajes que trabajan arduamente con escasos recursos y de lugares ricos en selvas, ríos, peces, manglares y cualquier cantidad de biodiversidad.

La crónica es un género narrativo en el confluyen los demás géneros, tiene un poco de todos, es, como decía Juan Villoro (2006), el ornitorrinco de la prosa:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en un espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos (...) del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono misterioso y la reelaboración en primera persona. Un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser. (Pág. 2)

Conclusión

El Chocó fue, como lo dije antes, un reto personal, como profesional y ser humano. Le aposté a este lugar; primero, porque no lo conocía; segundo, por la mala fama

que tiene, y tercero, porque soy una convencida de que no todo puede ser tan mísero, perverso y malo como parece. La persona que salió meses atrás desde Bogotá hacia un pedazo de tierra, selva y mar que se esconde entre la espesura del Pacífico colombiano no es la misma que ahora escribe estas páginas.

Quibdó, Nuquí, Termales, Jurubirá, Joví, Coquí, Arusí, Guachalito, Bagadó, Bahía Solano y Bojayá, que fueron los lugares que visité, merecen tiempo y respeto, merecen una mente sin prejuicios y estigmas, merecen oídos abiertos dispuestos a escuchar reclamos y tristezas, así como historias que inspiran y nos devuelven la esperanza en el ser humano.

No diré que son escenarios perfectos, porque no lo son, eso sería mentir y escudar a un Estado que creció dándoles la espalda, que no hace la suficiente presencia como debiera y que tampoco controla en qué y cómo se están usando los recursos económicos que se le destinan. También sería escudar a un sector de la población que quiere seguir creyéndose pobre, que le es rentable llamarse así y que además insiste en ponerle zancadillas a otros que están dispuestos a cambiar ese imaginario de escases.

Pero tampoco replicaré esa equívoca idea de que “al Chocó le tocó ser pobre”, pues lo que yo vi fue una impresionante riqueza natural y humana que espero sobreviva y no sea devorada a mordiscos por la minería ilegal, el dinero y los aprovechados de la necesidad ajena cuando se enteren, por fin, de que el Chocó también es un paraíso.

Espero que la comunidad siga trabajando por impulsar ese turismo comunitario al que tanto le apuesta, pues en la naturaleza está el mayor potencial del departamento. Espero que la gente viaje y recorra, con tiempo, cada rincón de esa tierra. Hay muchas historias y personajes que me quedaron faltando. Espero volver, espero volver a caminar descalza por las mismas playas y ver esos rostros negros con dientes blancos que guardo con tanto cariño, espero volver a comprar un tiquete con destino a la “otra Colombia”, cualquiera que esta sea.

Referencias

ACNUR. (2012). Situación Colombia Indígenas, Recuperado el 10 de octubre de 2015, en http://www.acnur.org/t3/fileadmin/Documentos/RefugiadosAmericas/Colombia/2012/Situacion_Colombia_-_Pueblos_indigenas_2012.pdf?view=1

ACNUDH. (2015). Informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos sobre la situación de los derechos humanos en Colombia, Recuperado el 10 de octubre de 2015, en http://www.hchr.org.co/documentoseinformes/informes/altocomisionado/A_HRC_28_3__Add_3_SPA.pdf

Banco Mundial. (2006). Fortalecimiento de la Gobernabilidad y Aplicación de la Legislación Forestal. Confrontando un Obstáculo Sistémico al Desarrollo Sostenible. Washington.

Bonet, J. (2007). ¿Por qué es pobre el Chocó?. J, Vioria de la Hoz. (Eds). Economías del Pacífico Colombiano. (9-54). Colombia: Banco de la República.

Cámara de comercio. (2012). Desarrollo de la Potencialidad Regional en el Plan Regional de Competitividad.

Caparrós, M. (2007). Por la crónica, recuperado el día 7 de noviembre de 2015 en, http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013), Los impactos y los daños causados por el conflicto armado. ¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. (258-327). Colombia: Imprenta Nacional.

Cuevas, A. (2015, 27 de agosto). Río Quito, la vida fragmentada por la minería. El Espectador. Recuperado de <http://www.elespectador.com/files/especiales/rioquito6/index.html>

DANE. (2005). Censo General 2005, Recuperado el 10 de octubre de 2015, en <http://www.dane.gov.co/centro/files/libroCenso2005nacional.pdf>

DANE. (2016). Pobreza monetaria y multidimensional en Colombia 2015, Recuperado el 3 de marzo de 2016, en http://www.dane.gov.co/files/investigaciones/condiciones_vida/pobreza/bol_pobreza_15_.pdf

Defensoría del Pueblo. (2014). Diagnóstico de los pueblos indígenas y comunidades negras en el marco del conflicto armado. C, Cadavid. (Eds). Crisis humanitaria en Chocó. (67-80). Colombia.

González, L. F. (2003). Quibdó Contexto Histórico Desarrollo Urbano y Patrimonio Arquitectónico, Centro de Publicaciones, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.

Hoyos, J.J. (2003). Escribiendo historias: el arte y oficio de narrar en el periodismo. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

ICBF. (2010). Encuesta Nacional de la Situación Nutricional en Colombia, Recuperado el 10 de octubre de 2015, en http://proinapsa.uis.edu.co/redcups/Biblioteca/Alimentación%20saludable/Resumen_Ejecutivo_ENSIN_2010.pdf

IDEAM. (2014). Estudio Nacional del Agua, Recuperado el 8 de abril de 2016, en http://documentacion.ideam.gov.co/openbiblio/bvirtual/023080/ENA_2014.pdf

Jaramillo, D. (2012). Antología de crónica latinoamericana actual. Bogotá: Alfaguara

Kapuscinski, R. (2002). Los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo. Barcelona: Anagrama.

Ministerio de Educación Nacional. (2004), "Perfil del sector educativo Departamento del Chocó", versión electrónica, Bogotá.

Ministerio de Educación. (2013). Recuperado el 8 de enero de 2016, en http://www.mineduacion.gov.co/sistemasdeinformacion/1735/articles-338911_IPES.pdf

Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y Derechos Internacionales Humanitarios. (2003), Panorama actual del Chocó. Agencia de la ONU para los refugiados. Recuperado el 10 de febrero de 2016, en http://www.acnur.org/t3/uploads/media/COI_274.pdf?view=1

OPS. (2008). Indicadores básicos en salud departamento del Chocó. Recuperado el día 10 de octubre de 2015, en http://www.paho.org/col/index.php?option=com_joomlabook&task=display&id=104&Itemid=231

PNUD. (2011). Informe sobre desarrollo humano 2011. Estados Unidos: Ediciones Mundi-Prensa

Rotker, S. (2005). La invención de la crónica. México: Fondo de Cultura Económica.

Sims, N. (1996). Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal. Bogotá: El Áncora Editores

Universidad del Valle. (s.f). Perfil municipio de Quibdó. Recuperado el 10 de octubre de 2015 en, http://prevencionviolencia.univalle.edu.co/observatorios/choco/quibdo/archivos/perfil_quibdo.pdf

Villanueva, J. (2005, agosto), Apuntes sobre el oficio del cronista. Letras Libres. Recuperado de <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/apuntes-sobre-el-oficio-de-cronista>

Villoro, J. (2006, 22 de enero). La crónica, ornitorrinco de la prosa. La Nación. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/773985-la-cronica-ornitorrinco-de-la-prosa>

West, R. (2000). Las tierras bajas del Pacífico colombiano, Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.

Wolf, T. (1977). El Nuevo periodismo. Barcelona: Anagrama.